

NÚMERO 19 /MARZO - ABRIL 2024

TACHES Y TACHONES

REVISTA BIMESTRAL DE LITERATURA, ARTES
Y ALGO MÁS



WWW.TACHESYTACHONES.COM

REVISTA GRATUITA

TACHES Y TACHONES**DIRECTOR**

Rodolfo O.

DIRECTORA EDITORIAL

Patricia Castillejos

CONSEJO EDITORIAL

Laura Pérez Martínez
 Angelina Rivas Avila
 Mónica Teresa Müller
 Alejandro Ordóñez

COLABORADORES

Ítalo Mario Ruas Arias
 Ana Lourdes Ross Aguilar
 Marilú Ricalde
 Ari Guzmán
 Felipe Nuñez
 Alicia Aldana Dhíel
 Desiree Alvarado
 Eugenio Federico Gatti Traut
 Nelson Roque Pereira
 Álvaro Sánchez Ortiz
 Berenice Cortés Garrido

DISEÑO

Taches y Tachones

PORTADA

Rodolfo O.

Derechos reservados.
 taches y tachones

Editorial

El autor y su obra

¿Se han percatado del repudio que existe contra las grandes obras artísticas o literarias cuando la vida privada del autor no corresponde a los cánones sociales de la época?, estigma que a veces les persigue siglos después de su creación.

Hablemos de Óscar Wilde, talentoso dramaturgo, poeta y escritor irlandés, autor del célebre Retrato de Dorian Grey, Salomé, De Profundis, y muchas obras más, mismas que vetaron al revelarse su homosexualidad y a quien confinaron en la prisión de Reading, con la vida destrozada. Hablemos de Richard Wagner, de sus prodigiosas óperas Parsifal, Lohengrin, Tristán e Isolda, y de otras más que siguen en entredicho, y a menudo han visto vetada su ejecución pública por considerarlas fuente de inspiración de Adolfo Hitler, en sus ataques al judaísmo. Hablemos de Friedrich Nietzsche, - talentoso pensador y escritor- aquél que alertara con sus gritos: ¡Dios ha muerto! y que anunciara el advenimiento del nuevo hombre, algo que sirvió a Hitler para proclamar la superioridad de la raza aria y perseguir a los judíos, a quienes considero - absurdamente- una raza inferior y cuya lectura sigue provocando aun, más de una ceja levantada.

Creemos que lo anterior es injusto y que la obra debería juzgarse con independencia de lo que haya sido el autor. Hay un ejemplo apabullante. El hombre pasa los días enteros en la biblioteca londinense, escribiendo un largo manuscrito, se desentiende de sus obligaciones, su esposa se hace cargo, pero no queda nada por vender, nada por empeñar, no hay leña para prender la estufa en ese frío invierno, nada para comer, la familia languidece, un hijo muere, literalmente, de hambre. ¿Cómo juzgarlo? ¿Su nombre?

Carlos Marx.

TABLA DE**CONTENIDO**

pg.	Una ventana al mundo (poesía y cuento)
01	Murmullos sobre Texcoco / Felipe Nuñez
03	Nosotros / Alicia Aldana Dhíel
04	Bajo la lluvia /Patricia Castillejos Peral
05	A ciegas /Patricia Castillejos Peral
06	Los hijos de Lucinda /Ari Guzmán
07	Silencio / Desiree Alvarado
08	Vacío / Desiree Alvarado
11	Sacha / Mónica Teresa Müller
15.	Mírame a los ojos cariño para que sepas cuánto te quiero / Alejandro Ordóñez
19	En medio de la nada. / Alejandro Ordóñez
23	El Surco. / Álvaro Sánchez Ortiz
	Hablemos de Libros (reseñas)
27	El instinto / Marilu Ricalde
	El séptimo arte "Celuloide en llamas"
29	Agresión moderada / Italo Rúas
	El mundo y el arte
33	Entrevista a Italo Rúas / Berenice Cortés Garrido
35	"Potsdamer Platz" de Ernst Kirchner / Ana Lourdes Ross Aguilar

MURMULLOS SOBRE TEXCOCO

por Felipe Nuñez

¿Sabrán que perdieron un lago?

¿Sabrán que extraviaron un dorado horizonte
sobre el cual se tendía, cuan largo,
un camino abierto entre nubes?

Sí, ese que se extendía y conducía al amanecer,
entre canoas floridas y obsidiana pulida,
hasta el mercado de especies, glifos y piedras;
donde las doncellas exhibían huipiles y tatuajes;
donde el esclavo purificaba su alma pisando mierda
para correr presuroso hasta el sacerdote
y gritarle "¡Límpiame, quiero ser libre otra vez!"

Ahora solo tienen en su calle central
el basalto de un monigote,
en el que enredan sus orgullos e historias,
y de vez en cuando llevan visitantes ocasionales
sólo para contarles que ahí Empezó y Terminó Todo.
Desaparecieron las estivales parvadas de garzas
dejaron de oírse el croar de las ranas
y de verse la danza de las luciérnagas
después de la lluvia en la floresta sin luna.

Ahora, sólo hay canteras abiertas y nerviosos terregales,
tinas de basalto tan secos como la arena de Marte,
y los restos olvidados de una madre selva enterrada.

¿Sabrán que extraviaron un lago?

¿Sabrán que perdieron un horizonte?

Ahora, tal vez, sepan del porqué esa extraña sed
que los despierta en la madrugada, los acerca a la ventana,
y los hace otear en la lejanía con avidez.

Felipe Nuñez

Estudió en la Universidad Autónoma Chapingo.

Trabaja temas de medio ambiente, sistemas sociales y desarrollo rural. Siempre ha sido un indio remiso, ama "Les Fleurs du Mal" de Baudelaire e "Illuminations" de Rimbaud. Regresa una y otra vez a la poesía de Villaurrutia y de Gorostiza. Nunca deja de pensar en la narrativa de José Emilio Pacheco, José Agustín y Parménides García Saldaña, y tampoco termina de "alucinarse" con la poética resistente, hambrienta y a contracorriente, de los Rupestres.

Ama las máximas infrarrealistas de Mario Santiago Papasquiaro, además del curado de nuez.

NOSOTROS

por Alicia Aldana Dhiel

Te huelo y eso sí,
son el cielo y el infierno
confundidos.

Se contiene lo primitivo
que hay en mí al morderte
y ni describir logro
ese abrazo cuando duermes.

Pero sí podría enumerar
las tantas transformaciones
que has producido en mí,
A partir de aquella
primera mirada.

Y hoy, rebalsados de memoria
un poco lentos, sí
mas sin perder el timón
de nuestros vendavales,
agotados de placer y edad,
victoriosos de juventud inventada
sin duda, me has dado
el paraíso tan ansiado.

Alicia Aldana Dhiel nació y vive en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Escribe poesía y narrativa desde hace veinte años. Es amante de la lectura y de la música clásica a la que dedica varias horas al día y desde que era pequeña. Ha participado en varias Antologías.

BAJO LA LLUVIA

por Patricia Castillejos peral

Cuando miro a esa muchacha
caminar bajo la lluvia
revelando su cuerpo
en la ropa que se adhiere.
Sé que acompasa su andar
una música de mujer apetecida
disfrutando en las gotas del agua
caricias que la desnudan.

Patricia Castillejos Peral. Nació en el Distrito Federal en 1954 aunque vive desde la infancia en Texcoco, Méx. Fue editora de la revista de Literatura y Humanidades Molino de Letras, desde 2000 hasta 2019. Se han publicado poemas suyos en las revistas Cantera Verde, Castálida, Siembra y Molino de Letras. En poesía tiene publicada la plaqueta Toda la sal del mar (2002) y el libro Insomnio de luna (2003). De relatos, los libros Pese a todo la noche es una fiesta (1997) y Música bajo la piel (2000)

A CIEGAS

por Patricia Castillejos peral

Para Carlos Eduardo

Cuando el cielo se desploma a cántaros
necesito los días que te llevaste:
desayunos interminables de café caliente,
plática amena envuelta en lectura suave.

Tardes de madera aserrada por tus manos,
a ritmo de salsa o de bolero,
pesado mueble que todavía conservo.

Noches de trazos perfectos en la escritura,
notas de jazz o blues en las paredes.
Dedos dibujando nuestro horizonte,
labios que descubren mis afluentes.

Todavía soy la paloma, tu paloma,
que se golpea contra los cristales
y sangra sin encontrar la salida.

CURSO EN LÍNEA
**ESTRATEGIAS PARA SALIR
DEL BLOQUEO CREATIVO**

impartido por
Ari Guzmán.

Teatrólogo, escritor y asesor literario.
Docente con 19 años de experiencia en la
enseñanza de la literatura

informes :
darsilioletras@gmail.com

Tel: 5520928287

Este curso está diseñado para ayudarte a liberar tu creatividad, superar los obstáculos que puedan surgir en tu proceso de escritura y descubrir nuevas formas de expresión, Aprenderás técnicas y estrategias efectivas para superar el bloqueo creativo y encontrar inspiración en lugares inesperados.

El curso se llevará acabo los días
**Sábados 6, 13, 20 y 27 de abril de 11:00
am a 12:30 pm.** (horario de la Ciudad
de México). Con un costo de \$ 1000
pesos mexicanos.



Promocional gratuito,
taches y tachones no cobra por espacios publicitarios



**LOS HIJOS DE
LUCINDA**

por Ari Guzmán

Era la noche del 8 de diciembre. El grito de Lucinda estremeció los ladrillos del cuarto. Luego, sólo sonidos de trapos exprimiéndose y tijeras cortando.

—Tráela acá.

Sólo era una masa de carne, sangre, cartílago y miedo.

—Esperancita mía, qué linda eres. Él te cuidará, siempre. —La besó, santiguándola—. Toma, llévala con tus hermanos.

La joven la tomó, la acostó en la cuna de vidrio y la envolvió en cobija de formol. En la repisa, junto a la estatua de Xoaltentli, la joven encendió copal y una veladora iluminó la hilera de frascos.

—Bienvenida, hermanita.

Ari Guzmán

Escritor. Asesor literario. Doctor en Humanidades (teoría literaria). Docente en la UNAM y en la Universidad Anáhuac. Músico aficionado.



SILENCIO

por Desiree Alvarado

Te observo. Sé que hay algo rondando por tu cabeza. Sé que hay algo que quieres decirme, pero no puedes... Tal vez tienes miedo a perdernos. Tal vez tienes miedo de decir las cosas por temor a que todo termine. Yo también lo tengo. Te observo, estás aquí, cerca de mí, en esta habitación llena de libros que compartimos juntos, iluminada por la luz más brillante que nadie pueda ver o sentir, y, a la vez, hay tanta oscuridad y tanto silencio a nuestro alrededor. Algo cambió porque antes estar contigo se sentía como estar cubierto por mantas en medio del invierno más arrasador que jamás haya tocado la tierra. Estar contigo se sentía como estar rodeado de flores de muchísimos colores. Estar contigo se sentía como estar en casa. Ahora no sé si pueda volver a sentirme así...

Vuelvo a mi libro, no sé por qué lo hago si mi mente está en otra parte. Hay tanto que quiero decirte, no sé cómo explicarlo o por dónde empezar. Me gustaría poder explicar cómo me siento, pero no puedo y me duele. No sé qué hacer con todo esto. Distraídamente, veo como dejas el libro que estás leyendo y me miras. Tus ojos se pierden en mí por un par de minutos. Hay algo en tu mirada. Levanto la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Me miras con una tormenta detrás de esos ojos cafés que tanto me gustan. Después de un tiempo, una leve sonrisa va apareciendo en tu cara. Está llena de amor, nostalgia, tristeza y algo más. Cuando estoy a punto de devolverte el gesto, tomas el libro y tu mirada se pierde en él. Un nudo en mi garganta vuelve a formarse y millones de ideas vuelven a mí... Me da miedo pensar que ese calor jamás volverá. Me da miedo perderte. Me da miedo que no encontremos una solución a toda esta situación. Me da miedo que no pueda llamarte y hablar

contigo. Me da miedo que nada vuelva a ser como antes... Algo en el fondo de mí sabe que no volverá a ser lo mismo, pero lo estoy intentando... ¿Tú lo estás intentando también?

A veces quisiera gritarte, arrojarte todas las cosas para que despiertes. Quiero gritarte, quiero odiarte, pero no puedo... Jamás pensé que terminaríamos de esta manera. ¿Por qué me castigas así?, ¿por qué no sólo me dices que ya no quieres estar conmigo?, ¿por qué no me dices que ya no quieres que sea parte de tu vida?... Eso sería más fácil para mí. Me ayudaría a dejarte ir, a soltarte, a soltarnos y así continuar. ¿Por qué me haces esto? Te di lo mejor de mí. Dejé que entrarás a mi corazón aquella tarde de octubre. Dejé que estuvieras en mis mejores y peores momentos... Pensé que tú también me hacías parte de los tuyos, pero ahora veo que no... Te observo. Miras por la ventana y veo cómo reclinas la cabeza y cierras los ojos para sentir esa suave caricia del sol. Te miro y me pregunto qué fue lo que nos ocurrió... ¿Qué sucedió con esa persona tan dulce, empática y alegre que conocí? Acaso, ¿La perdí en el momento en que nuestros labios se tocaron por primera vez? ¿Te perdí en todos las risas que compartimos? ¿Te perdí con el primer "te amo"? ¿Te perdí con la primera caricia? ¿Te perdí cuando ella apareció?

Te miro y quiero gritarte que hagas algo, por favor. Dame una señal de que yo también te importo... Ayúdame a continuar a tu lado, ayúdame a que no me aleje de ti porque tu actitud no me ayuda en nada. Me hace sentir a la deriva. Por favor, no me dejes en el frío invierno del silencio, porque tu silencio es aterrador.

Por favor... No me dejes... No me sueltes...



VACÍO

por Desiree Alvarado

*"Tiempo blanco
vacío sin ti
contigo en la memoria
memoria que te inventa
y te recrea"*

Policromía del tiempo, Amparo Dávila

“Caos... Sangre, oscuridad, más sangre, un líquido azul que corre por aquellos lugares donde no se interponen las montañas, oscuridad, sangre, oscuridad, sangre, oscuridad, sangre, oscuridad, sangre, oscuridad, sangre, oscuridad, sangre, oscuridad, sangre, oscuridad, sangre, oscuridad, sangre, oscuridad, sangre, oscuridad, sangre, oscuridad, sangre, oscuridad...”

Todo está en calma y equilibrio dentro de esa densa oscuridad, hasta que algo cambia en el ambiente. Una pequeña luz irrumpe en aquella negrura, probablemente se trata de Ellas. Ahora, una melodía ancestral se escucha en el fondo. Un rayo de luz dorada comienza a crearse en esa densidad oscura. Esperanzas y sueños son los encargados de darle el brillo del color del sol. Pero Ellas no permitirían que todo fuera sueños y esperanzas, el destino no debería tener ese equilibrio. Nadie puede ser completamente feliz en aquel mundo, siempre se tiene que sacrificar algo para mantener el equilibrio.

La más joven de Ellas se acerca al hilo del color del sol... Observa y observa, con sus tijeras en mano, y sin previo aviso corta el hilo”.

Dicen que cuando conoces al amor de tu vida, el tiempo se detiene y eso fue precisamente lo que ocurrió aquella fría mañana de noviembre. Una mañana que jamás olvidaré y quisiera repetir una y mil veces, pero no puedo volver a ella. Ahora, siento un gran vacío dentro de mí. No sé cómo deshacerme de este sentimiento, sólo quiero que se vaya y que él regrese.

Mis amigos tratan de animarme, pero no funciona. El vacío sigue ahí, como las constelaciones que permanecen en el cielo; ocultas y a la vez visibles, si sabes observar bien.

El timbre suena, pero no me muevo, dejo que la persona que está ahí afuera en ese mundo, al que ya no pertenecemos, siga tocando el timbre. Las lágrimas siguen corriendo por mi rostro y el timbre sigue sonando. Me tapo los oídos, sólo quiero estar sola. El sonido sigue llegando a mí mientras me pierdo en los recuerdos de nuestros momentos, pero el ruido del timbre es insoportable, permanece en mi cabeza como una vieja melodía. Me incorporo, camino por el pequeño corredor que lleva a la puerta doble de madera. La abro, pero no hay nadie, sólo hay un sobre en el piso con mi nombre escrito en la parte delantera:

Emma

Me inclino para tomar el sobre. Miro a ambos lados de la calle, no hay nadie. Todo está oscuro, lo único que ilumina es la pequeña farola que está en la entrada del jardín. A lo lejos puedo escuchar los cantos de los grillos y el silbido del aire nocturno. Cierro la puerta con el sobre en la mano y regreso al sillón.

El sobre es simple, de un color azul como la noche. Lo abro, rasgo la parte superior para encontrar en su interior un pequeño papel desgastado y descuidado con la más perfecta caligrafía que jamás haya visto.

“Tiempo místico, curioso y maravilloso. Encuentra el hilo”.

Es lo único que aparece escrito con tinta color índigo. Esto debe ser una broma. Suspiro y dejo el sobre en la mesa de café.

Voy a mi habitación, no enciendo las luces porque la luz de la luna que entra por la ventana ilumina levemente. Me meto en la cama y abrazo las cobijas. Todavía tienen tu olor. Inhalo profundamente y no pasa mucho tiempo para que las lágrimas vuelvan y que el vacío se apodere de mí otra vez. La sensación es tan intensa que tengo que aferrarme a las cobijas de la cama. Para mi sorpresa mis manos se encuentran con un hilo o varios, no estoy segura.

Me incorporo y veo sobre mis piernas un hilo tan brillante como el sol. La habitación está oscura y lo único que la ilumina es ese rayo de sol que proviene del hilo. Intento encontrar el origen de aquella hebra, pero no lo logré. Salgo de la cama y sigo el camino del hilo. Sigo y sigo hasta que ya no sé dónde estoy. Estoy perdida. Grito, pido ayuda y vuelvo a tirar del hilo, pero nadie está aquí. Lo sé, puedo sentirlo, estoy sola, no hay nadie que pueda ayudarme.

En medio del llanto y los gritos escucho una voz. Me giro e intento localizarla, pero es imposible, sale de todas y de ninguna parte a la vez dentro de la espesa oscuridad. Un momento, yo conozco esa voz, pero hace tanto que dejé de escucharla, que no sé localizarla en seguida... Una puerta. Una puerta color café aparece al final de esa oscuridad y el hilo lleva directo a ella. Me acerco, escucho murmullos. Abro lentamente la puerta y ahí está ese fuego y aroma acogedor al que siempre soñaba y sueño regresar cada que vuelvo del trabajo.

La habitación está rodeada por aquellas paredes de ladrillo que tanto odiabas, frente a la televisión está el sofá donde pasábamos noches viendo películas, al otro extremo está el pequeño librero que fuimos construyendo juntos. Somos tú y yo, en el inicio de todo. Cuando tu mirada estaba invadida por la luz de millones de constelaciones que me hacían brillar a mí también.

Vuelvo a sentir ese vacío y entonces todo cambia. La habitación se vuelve más fría y ahora estoy sentada en el escritorio.

Recuerdo aquel momento. Recuerdo lo que escribí en mi diario aquella noche:

¿Debería dar el salto de fe? ¿Debería confiar en ti?

Ahora lo recuerdo. Yo fui la que nos destruyó. Fui yo quien nos llevó al límite. Yo te destruí. Yo provoqué que te alejaras de mí, puse un muro entre nosotros porque pensé que eso me estaba protegiendo a mí y a ti también.

El vacío vuelve y la habitación cambia de nuevo.

Ahora estás tú, sentado frente a la ventana con una taza de café en la mano. Llevas tu suéter favorito, aquel suéter que te regalé en tu último cumpleaños. El sol vespertino entra por la ventana y brilla sobre tu cabello marrón. Una lágrima corre por mi mejilla mientras me acerco a ti, a la ilusión de ti. Sigues viendo por la ventana; puedo ver ese destello en tu mirada y cómo una leve sonrisa aparece en tu rostro. Intento acercarme a ti, pero la habitación vuelve a cambiar y yo grito de frustración. Esta vez la habitación está vacía, en alguna parte de aquel vacío puedo escuchar nuestros gritos porque hasta los muros de aquella casa guardan el recuerdo de lo que algún día fuimos.

Recuerdo que todo empezó por mí. Todo estaba en mí, tú no tenías la culpa.

Sé que debería confiar, pero no puedo. He perdido a muchas personas. Personas que han hecho promesas y que después se han ido. Personas que empezaron siendo mis amigos y que ahora no son nada, son simples extraños. Sonrisas, anécdotas, recuerdos y regalos que se quedaron en el vacío. Me arrepiento... Ojalá hubiera creído en ti. Ojalá hubiera dado ese salto de fe.

Recuerdo cómo me mirabas. Era como si una llamarada del fuego más acogedor se apoderara de mí, sentía como si un millón de estrellas vivieran dentro de mí. Explotaban y de ahí nacían más y más emociones, como las estrellas. Pero había algo que me impedía confiar en ti. Tal vez eran los fantasmas de mi pasado, tal vez era ella quien estaba esperando el momento indicado para meterse en tu mente y alejarte de mí.

“¡Detente!”, me digo a mí misma. Tengo que dejar de pensar. Esto sólo me hace daño.

La habitación cambia otra vez, pero esta vez sólo hay oscuridad. El vacío que había dentro de mi pecho ya no está... El hilo que estaba colgando de mi mano ya no existe, se ha apagado y estoy rodeada por la oscuridad más densa que jamás haya sentido. Es tan aterrador no saber qué me espera más allá del acantilado. Me duele, me quema. Es una llamarada que se va extendiendo por todo mi cuerpo.

Necesito dejar de pensar. Quiero volver a sentir que el silencio acogedor vuelve a mi mente, pero millones de ideas vienen una tras otra.

Por favor, detente.

Te metiste debajo de mi piel y no supe ni cuándo ni cómo pasó. Te dejé entrar demasiado rápido. Dejé que entrarás y descubrieras lo más oscuro de mí. Ahora estoy aquí, llorando, una vez más, por esta situación. Quiero que deje de preocuparme y de hacerme sentir así. Quiero dejar de llorar, dejar de imaginar. Quiero volver a esos momentos que sólo eran nuestros, a cuando la vida era más simple.

¿Me encariñé demasiado rápido contigo?

¿Dejé que vieras todos mis colores?

Muy dentro de mí sé que esto no es para siempre... Sé que nunca fui una prioridad para ti y sé que tampoco debí serlo. Me dolía ver cómo te alejabas de mí, cómo tenía que jalar de ese hilo invisible que nos mantenía unidos y cómo, ahora, ese hilo se ha apagado.

Desiree Alvarado

Estudiante de Lengua y Literatura
Hispánicas en la FES Acatlán. Amante de los gatos y las historias de amor. En sus tiempos libres le gusta leer libros de fantasía o sobre astrología y escuchar música. Su más grande inspiración es la obra de Amparo Dávila.



SACHA

por Mónica Teresa Müller

El hombre sostenía entre sus manos una taza de café mientras la mirada iba, una y otra vez, desde el fondo del recipiente hasta el cuadro colgado en la pared, que mostraba el rostro de una niña.

En la calle, los gritos de la muchedumbre daban la pauta que era cierta la noticia que las emisoras radiales acababan de anunciar: el derrocamiento del Gobierno del General Perón.

El muchacho que estaba sentado al lado del hombre, se mantenía en silencio. En la habitación, las paredes pintadas con cal recogían las sombras que traspasaban el ventiluz y regalaban al ambiente un movimiento capaz de transformar a la vida pasada en un diabólico presente.

Habían pasado algunos años desde la llegada a Buenos Aires del tío Sacha y su sobrino Andrei. Una ciudad que les había ofrecido paz y la libertad de ser uno más, sin preguntas ni la obligación de respuestas.

Europa estaba en guerra y se vivía la conmoción del ataque a Pearl Harbol. La voz de la esperanza se hacía sentir desde el sur del Nuevo Continente que prometía aquello que en el Viejo escaseaba. Sacha había escapado de su tierra, caminado con el niño entre sus brazos y marchado sin dar vuelta a la cabeza, sobraba para no hacerlo, el olor de la muerte y los quejidos de los moribundos. Pensaba al irse que todo merecía quedar enterrado junto a los cuerpos, hasta los remordimientos de los criminales. El tío imaginaba que el pequeño iba a ser la estrella que guiaría sus actos e iluminaría el camino hacia América.



El comienzo en la tierra prodigiosa no fue tan difícil. Se decía que los argentinos eran solidarios y ellos lo habían podido comprobar. Un estibador del puerto de Buenos Aires los había llevado a una habitación que tenía para alquilar en su casa en Barracas y allí se quedaron hasta poder pagarla. Andrei, con sus casi dos años, tuvo todo lo que necesitaba. La familia del obrero se había preocupado, además, en contactar al recién llegado con alguien que lo ayudaría en cuestiones del idioma.

El tiempo, que es tirano, se convirtió poco a poco en aliado de Sacha y el guardaespaldas de Andrei. El hombre era todo para el niño, no le ofrecía riquezas, pero le brindaba el cariño del que muchos de sus amigos carecían. Lo arropaba por las noches y el pequeño se dormía con su voz que le cantaba como si estuviera volando entre las notas.

Sacha trabajaba con un vasco que era lechero y al que acompañaba todos los días en el reparto, además, en el galpón del patrón se ocupaba de llenar los tarros y conservarlos limpios. Mientras él trabajaba, Andrei iba a la escuela o se quedaba con la señora del Vasco, como lo llamaban.

El muchacho reconocía que su tío y tutor, era una persona exigente y controladora; sin llegar a fastidiarlo le había hecho prometer que todas las noches, antes de acostarse, le contaría en detalles qué había hecho, con quiénes había estado y conversado, todo eso sumado a las actividades de la escuela. Al principio, el pedido le extrañó, pero poco a poco lo naturalizó, y tanto él como su tutor dormían en paz.

Muchas veces, los amigos del barrio y de la escuela le habían preguntado al joven, de qué lugar del mundo eran, Andrei permanecía callado, mordiéndose los labios para no decir que lo ignoraba. El acento del tío era extranjero, pero el muchacho no le preguntaría otra vez a qué país pertenecía; en aquel momento la contestación había sido terminante: “somos argentinos”. Sólo sabía que sus padres habían muerto durante la guerra. Reconocía que su tutor le había provisto de todas las cosas que había necesitado y lo recordaba trabajando de manera incansable, por ende, eso era suficiente y no necesitaba otras explicaciones.

Sacha era de contextura mediana, pero sabiéndose débil en lo referente a la fuerza física, sacaba de sus entrañas una potencia tal que servía de alimento para su voluntad. A pesar de ello, caía con frecuencia en estados de tristeza que se manifestaban en silencios contundentes durante el día en presencia del sobrino y durante las noches, oculto tras las maderas que él mismo había armado a modo de tabique para dividir la habitación, lloraba con desconsuelo debajo de las mantas. Los sueños, los malditos sueños eran parte de su tortura y castigo, hubiera preferido morir a que Andrei se enterara de una verdad que pretendía resguardar de todo conocimiento. El niño primero y luego, con el tiempo, el joven era su único pensamiento verdadero, el fin de sus metas y proyectos. El sobrino era lo importante, el valor de su vida.

Andrei había crecido guiado por palabras justas y ejemplos correctos, había continuado el colegio, era un alumno destacado en todas las materias y también, era una de las excepciones del barrio ya que ningún niño continuaba sus estudios. El contacto con los libros le había abierto una ventana para descubrir, por ejemplo, que los nombres de su tío y el propio eran rusos, que la guerra a la que se refería su tutor, era la Segunda Guerra Mundial. Muchas cosas había descubierto, pero a otras no les encontraba explicación. Oír a Sacha llorar durante las noches, lo entristecía, y entonces él también lloraba porque sabía que aunque le preguntara el por qué, su tío no le respondería; luego, por las mañanas, lo veía caminar casi vencido hacia su trabajo.

El muchacho tenía una madurez que sorprendía; quizá se debía a los acontecimientos vividos y la educación dada por el tutor en la que primaba la responsabilidad en todas las acciones. Era, además, respetuoso de la intimidad de Sacha de aquellos momentos en los que el hombre quedaba frente a una maleta en la que guardaba, quizá, recuerdos. Andrei había sentido la curiosidad de descubrir qué custodiaba el equipaje, pero no quería hacer doler a su tío con una conducta por la que iba a ser reprendido. Presuponía que había pertenencias de tela pues, en algunas oportunidades, al despertarse durante la noche había visto, desde su cama, la sombra de la tapa del baúl y escuchado el ruido que producen las sedas cuando se frotan.

—Los gritos de la muchedumbre y los tiros que se escuchaban, dejaban en claro que se tendrían que quedar sin salir a la calle. Cañonazos que se mezclaban con los ruidos del volar de los aviones dejaba en carne viva el dolor de lo que estaba pasando. El aire estaba contaminado de furia y se alimentaba de ella, minuto tras minuto.

El hombre mantenía entre sus manos una taza de café. Sus ojos estaban fijos en el cuadro con el rostro de una niña, colgado en la pared.

Andrei seguía la mirada de Sacha. Sabía que la niña del cuadro se llamaba Irina, y que había sido una pequeña rusa asesinada por un coronel del ejército luego que se descubriera que había abusado de ella. La historia la había escuchado el joven una noche en la que el tío se la contaba a unos amigos. Sólo eso había podido escuchar porque el resto de la conversación había sido en el idioma extraño que su tutor había usado otras veces.

El muchacho tenía las manos heladas y el malestar en el estómago amenazaba con descomponerlo, la sensación estaba entre el dolor y el miedo. Los gritos que llegaban a la habitación, desde la calle, los tiros que se oían repetidos lo perturbaban. Pensó que la mudez de Sacha se debía a que los acontecimientos que se vivían le habían hecho recuperar algo de su pasado. Se incorporó y caminó hacia el tutor. Tenía que decirle de alguna forma que lo quería, no podía dejar que el tiempo pasara sin confesarle que lo amaba como a un padre.

La fortaleza de su tío para sortear los problemas era evidente ante cada situación, y tal postura llamaba la atención de los que lo conocían porque la celeridad con que los solucionaba no condecía con su presencia endeble.

Andrei caminó hacia Sacha y, cuando estuvo junto a él, lo besó en la mejilla. Al contrario de lo que presuponía, el hombre le acarició el rostro y le besó las manos con una ternura que desconcertó al joven, entonces sintió en sus labios la suavidad de la piel del hombre y la calidez de las manos que lo acariciarán. Había vivido un momento capaz de brindarle alivio a sus heridas y a la falencia de amor maternal. Lo sucedido había superado al Sacha misterioso que en ese momento había demostrado, que

sin la máscara gestual, se acercaba al instante de ser más humano. El hombre había cambiado el rumbo de su mirada hacia los ojos del muchacho. Su rostro había modificado el rictus. Era notorio que estaba desencajado y pronto a sucumbir en redes de la verdad.

Muchas voces luchaban entre los pensamientos de Andrei por abrirse paso y descollar del resto. Recuerdos de algunos dichos de sus amigos que desmerecían a su tío con alusiones sobre su figura y modos, a pesar del trabajo que desempeñaba con el Vasco. “¿Tu tío?” le preguntaban y luego sin que el joven contestara, agregaban entre carcajadas: “¿...acaso no sabes por qué le dicen La Sacha?” No, no sabía y tampoco alcanzaba a entender por qué, en ese momento, se acordaba de esas cosas.

---Andrei

La voz del tío lo sacudió. Era un tono quebrado en el que se mezclaban, el acento extranjero y la falta de suficiente aire para hablar.

---Andrei - repitió- Hay cosas que mereces saber. Ante todo te pido perdón porque no tuve el valor necesario para decirte algo sobre la niña del cuadro. De todas maneras, tienes que saber que si algo me ocurriera algún día, el Vasco tiene una carta que es para vos. Nada es lo que parece ser, pero fue como quise que fuera.

El muchacho notó el temblor que había ingresado al cuerpo del tío y se había hecho cargo de sus movimientos, estaba sorprendido y sin hablar.

Sentía que una sensación extraña se había abalanzado sobre él. Sacha no era el mismo, algo incomprensible había sucedido. Un sentimiento, antes inexistente, trataba de instalarse en ellos.

Los golpes en la puerta dejaron en suspenso la conversación. Sacha abrió y uno de los cuatro hombres que estaban en el umbral y que llevaba un arma en su mano, disparó sobre el tutor. “Muerta, bien muerta” Andrei escuchó otra vez palabras en el idioma extraño, mientras retumbaba el segundo tiro. Sacha estiró su brazo hacia donde estaba su sobrino y se dejó caer sobre el piso de ladrillos.

La muchedumbre en la calle continuó su camino, los tiros acapararon el silencio y éste, para demostrar supremacía

ante el miedo, se adueñó de los ecos que producían las sirenas de las ambulancias. Gritos en los oídos de Andrei y en su corazón: la nada. Por compañía el vacío arrollador y la verdad sin palabras dichas.

El Vasco estaba a su lado abrazándolo y el médico, parado junto a la puerta de ingreso a la morgue, con una noticia rutinaria escrita en un papel y sustentada con el hielo de un parte fúnebre: “La mujer ha fallecido con el segundo disparo”. La mujer... mujer...La palabra estalló en su cabeza, sacudió a demostraciones de afecto y provocó la confusión en los años vividos del joven.

El médico forense mantuvo una conversación con el Vasco, luego el patrón firmó papeles mientras asentía con la cabeza lo que hablaba el asistente del médico.

La oscuridad había ensombrecido los reflejos de los pensamientos. La gente era parte de un mundo que pertenecía a la ficción, nada era cierto para el muchacho, algo estaba mal. Se miró en los cristales de las vidrieras de los negocios y le pareció no verse. Él no estaba ahí, era una cruel broma de sus amigos, era posible que el tiro al que se refería el hombre de blanco estuviera alojado en su cuerpo. Se tocó el pecho y sintió que su corazón latía. Dejó que el abrazo del Vasco le diera calor a sus hombros y energía a su voluntad. Conocía el afecto que el hombre le tenía y se dejó llevar.

Cuando llegaron a la casa, el Vasco cumplió con el encargo de Sacha: entregarle a su sobrino un sobre. Lo hizo y dejó que el muchacho quedara solo en una habitación.

Aún le retumbaba la palabra dicha por el médico mientras leía otras: “Andrei, Irina era tu hermana y yo soy la madre de ambos.

-¡Dios, él era mi madre!


El grito se transformó en gemido y luego transmutó en congoja que le hizo sangrar sin haber sido herido. Andrei temblaba y apenas podía mantener el papel, al tiempo que se le cortaba el aliento. Qué había pasado. Los porqués golpearon y castigaron al muchacho en un instante, casi eterno. Con la visión borrosa, trató de continuar la lectura: el papel estaba húmedo y algunas letras tenían desdibujadas sus formas, quizá,

pretendiendo esfumar la realidad. Sus ojos se fijaron en el último párrafo y leyó: “Por lo que hice me transformé en Sacha, es probable que algún día me encuentren. Maté al Coronel, tu padre.”

Era el setiembre de un año que padeció una primavera sangrienta.

Mónica Teresa Müller

Nació en Adrogué, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Autora de cuentos, crónicas y relatos en las obras: “Palabras de Taller” (1999), “Los de Adentro” (2003), “Homenaje a Oliverio Girondo” (2003), “Torbellino de Palabras” (2010), “Sueños Dirigidos” (2014), “Polifonía” (2017), “El Lector y otros Emojis” (2018), Embajada de Emociones (2020) con GLA, Grupo Literario Ayacucho. Recibió menciones y primeros. Fue miembro fundador de la revista: “Visto desde aquí”. Participó en Talleres Literarios del Programa Cultural en Barrios de la Ciudad de Buenos Aires.



MÍRAME A LOS OJOS CARIÑO,
PARA QUE SEPAS CUÁNTO TE QUIERO

por Alejandro Ordóñez

Mírame a los ojos cariño, volvió a repetir en tono burlón; de pronto, como si sufriera una súbita transformación, lo golpeó con toda la furia de la que era capaz. Para que sepas cuánto te quiero, dijo con voz trastabillante aquel gorila. Enredó los dedos en su cabello, con fuerte jalón lo obligó a verlo a la cara, se acercó con aliento apestoso a marihuana y alcohol, lo besó en la boca, ante la risa torva de los guarros que lo sujetaban recargado al costado de una camioneta de lujo. Y él ahí, como si estuviera viendo una película, o filmando en el set; boqueando como pez fuera del agua. Luego el grito de la mujer -exigiendo-, suéltelo infelices, él no tiene la culpa, la responsable soy yo, péguenme, mátenme a mí, hasta que un guarro se cansó de tanto grito, la abrazó por detrás y la subió en vilo a otra camioneta que aguardaba con el motor andando; después el rugir de la máquina y el rechinar de las llantas cuando el vehículo salió del estacionamiento del hotel. En seguida, una, muchas veces, mírame a los ojos cariño, como si fuera el estribillo de una canción y los golpes al estómago, a pesar de haberles dicho quién era él, el grave error que estaban cometiendo, lo que podría ocurrirles cuando la cadena televisiva se enterara. Nos vale madres, te vas a morir cabrón, le repetía el gorila que no dejaba de golpearlo, no sabes en la que te metiste, te tiraste a la novia del patrón, eso no se lo permite a nadie, ¿me oíste? Y la risa torva de los tres gorilas y el tipo con dientes de oro, lentes oscuros, a pesar de la hora, lleno de esclavas que retintineaban a cada puñetazo, seguidos por jalones de cabello que lo obligaban a ver de frente a aquel sujeto, lo que le permitió descubrir la gruesa cadena de oro que pendía de su cuello, con el dije de un cuerno de chivo a escala. Te vas a morir cabrón, te vamos a arrancar el pito, lo vamos a meter en

en tu boca, te cortaremos la cabeza y la tiraremos en alguna avenida para que vean lo que ocurre a los que se atreven a meterse con las amantes del jefe. ¿Qué necesidad tenías, pendejo, habiendo tanta mujer guapa? Él, pidiendo a Dios que lo salvara, lo rescatara el equipo de seguridad del establecimiento; carajo, cómo era posible que siendo un hotel de lujo no se presentara algún guardia para investigar la razón de tantos gritos. Lo soltaron, cayó cuan fardo al piso, se desentendieron de él, prendieron una colilla de marihuana, en tanto el guarro que lo golpeó se revisaba los nudillos en busca de una fractura. La brasa de la colilla, como si fuera luciérnaga, acentuaba su brillo en la penumbra al pasar de una a otra de las sombras que en silencio la compartían. Desesperado, comprendió que sus posibilidades eran mínimas así que decidió aprovechar la momentánea distracción de sus captores. Sin que se dieran cuenta se puso en cucullillas, jaló aire, lo detuvo en sus doloridos pulmones que parecían arder al contacto del oxígeno y salió disparado hacia la salida. Escuchó cómo, al eco de sus pisadas, se unían otros pasos y el sonido de la marcha del vehículo. Llegó a la esquina, giró en sentido contrario al tránsito de la avenida, para evitar que lo siguieran en el auto. Llegó a otra esquina, volvió a repetir la operación, luego a otra, sabe Dios a cuántas más, mientras el corazón amenazaba con salirse del pecho. Descubrió que los únicos ecos que se repetían por las angostas callejuelas eran los de sus pasos. Se detuvo, contuvo la respiración para escuchar mejor si habían dejado de seguirlo. Dio gracias a Dios, jaló aire para tratar de normalizar su respiración. Se

preguntó cómo se había metido en ese lío que no alcanzaba a comprender. Caminó hasta la esquina siguiente, al tratar de cruzar la calle sintió que una veloz sombra negra estaba a punto de arrollarlo. Se abrieron las portezuelas, bajaron tres gorilas, lo sujetaron una vez más por los brazos. El chofer, quien estaba al mando, con la colilla en la boca, le dijo: no jodas, haces correr a mis muchachos, con lo gordos que están se van a infartar. Eres un mal nacido, a pesar de que te hemos tratado bien nos pagas con ingratitud, quieres hacernos quedar mal, ¿te imaginas qué habría pensado el jefe? Para no dejar dudas de lo que podría ocurrirle si intentaba escapar de nuevo, se quitó el cigarrillo de la boca y lo apagó en el antebrazo de aquel infeliz, que incapaz de soportar el dolor y el olor de su carne quemada soltó un grito que resonó en la soledad de aquella madrugada, mientras corrían gruesos lagrimones por su rostro.

La camioneta se puso en movimiento. Escuchó la voz del chofer, como si viniera de lejos. Ya está señor, qué hacemos. Desháganse de él, contestó la voz de la radio, pero sin escándalos, le prometí al señor secretario que nos portaríamos seriecitos, nada de ráfagas de ametralladoras por las calles, ni cadáveres con el tiro de gracia o cuerpos decapitados. Desháganse de él discretamente. ¿Discretamente? Sólo que lo soltemos. No seas pendejo, llévenlo por la carretera de Toluca, en Salazar pasa un convoy de ferrocarril a eso de las cuatro de la mañana. Se meten por la brecha, hasta el punto donde cruza la vía, se estacionan donde no puedan ser observados por el maquinista. Antes lo empedan, le dan hartito tequila, lo madrean bonito, sin golpearle la cara, lo dejan medio muerto sobre las vías, en cuanto escuchen el ruido y vean la luz del tren, se suben a la camioneta, cuando haya pasado el convoy se retiran con las luces apagadas para pasar desapercibidos.

No podía creerlo, el tren desfiguraría su rostro y destrozaría su cuerpo. Él, el actor de moda, el galán de la más famosa telenovela de los últimos años, arrollado por el tren. Él, un cantante con cuatro discos de oro, el rey de los palenques, asesinado por un mal entendido. Un sudor frío recorrió su columna, imaginó el despliegue televisivo y periodístico que darían a su muerte y las habladurías que ocasionaría la forma en que iba a morir.

Habían terminado de grabar los últimos capítulos, la compañía quería celebrarlo, pero estaba hartito de esas niñas plásticas y de tanto adulador que lo rodeaba, así que decidió festejarlo por su cuenta. Recordó que en San Jerónimo había un bar donde se bailaba a gusto. En la penumbra era poco probable que alguien lo identificara, estaba hartito de no tener vida privada, quizás pudiera ligarse a una joven de belleza natural, alguna cuyos labios no tuvieran colágeno, ni en sus pechos, caderas y piernas hubiera silicón. Pidió la mesa más oscura, ordenó un escocés en las rocas, miró la decoración del lugar que simulaba la cubierta de un barco pirata, con mástiles y cordeles, los meseros con barbas postizas, arracadas en las orejas y paliacates en la cabeza. Un grupo musical alegraba el ambiente, las parejas se fundían gozosas en la pista. De pronto la descubrió, o quizá fue ella quien logró ser descubierta. Era una joven sin cara ni cuerpo de otro mundo, pero su sonrisa era cautivadora. Bailaba con otra chica, sus movimientos provocativos le daban una cachondez difícil de hallar entre las mujeres plásticas con las que compartía foro y cama. Ella, sin dejar de verlo, supo que había llamado su atención, se despidió de su amiga y con paso sensual se dirigió hacia el artista quien comprendió que la muchacha no lo había identificado. Hola, soy Titania, espía de la Cuarta República Francesa, estoy tratando de salvar a unos maquis perseguidos por los nazis. ¿Titania?, pero si no es nombre francés. ¡Shhh! Cállate, no grites, ya te dije: es mi nombre secreto. Yo soy Valentino. ¿Valentino? No juegues, no asumas identidades ñoñas, tú eres Bond, James Bond, agente secreto de la reina, lo supe cuando te vi agitar los hielos de tu whisky. Después todo fue bailar y la insinuación de mil maravillas que podrían ocurrir entre una espía francesa y un agente inglés cuyos cuerpos parecían fundirse al compás de aquella música. Más tarde la presencia de unos guarros, cuya insistencia en verlo con malos modos no pudo pasar desapercibida para Bond, a pesar de que parecía tener sólo ojos para ella. ¿Esos guarros? No te preocupes, son nazis autóctonos, me siguen adonde sea, son perros que ladran. No quieren que te enteres de mis íntimos secretos, tendremos que

deshacernos de ellos. No tengas miedo. Bond: ¿tienes miedo? Vamos a donde podamos estar a solas, no te vas a arrepentir, te lo prometo. Mira, voy al tocador, como no me pueden dejar sola irán tras de mí, pagas la cuenta en la caja -para ganar tiempo-, pides tu auto y me esperas con el motor encendido, yo los haré perder unos segundos, me llevas a tu guarida y compartes conmigo los secretos de la corona. Salieron a toda velocidad, sin ser -aparentemente- seguidos. Bond escogió un hotel elegante. Pensó el nombre con el que se registraría, pero le dijeron que a esa hora no llevaban control, le darían una buena suite con la condición de que la desocuparan al amanecer. Se amaron sin prisas, Bond descubrió la pasión verdadera. Amanecía cuando dejaron la habitación, entre besos y risas llegaron al estacionamiento. Ahí los aguardaban los guarros...

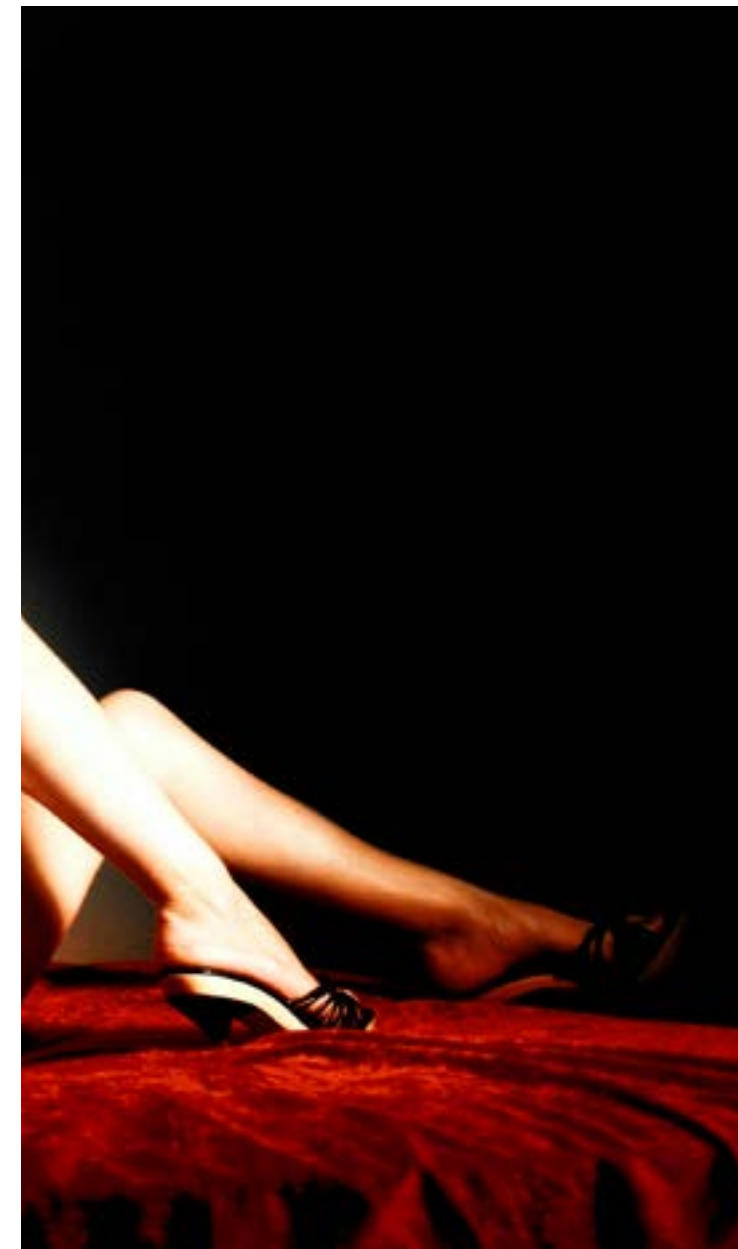
El dolor en las costillas lo volvió a la realidad, iba a morir, lo llevaban a la carretera de Toluca, la había recorrido muchas veces, sus posibilidades de sobrevivir eran mínimas. Decidido a no rendirse buscó una mínima oportunidad, había una curva ciega antes de Cuajimalpa, inicia torciendo hacia la izquierda para de improviso girar cerradamente hacia la derecha, era famosa por el número de volcaduras que se producían. Venían rápido, pero tendrían que disminuir la velocidad bajo riesgo de sumarse a la estadística de accidentes. Cuando la curva torciera hacia la derecha, abriría la portezuela y se dejaría caer, aprovecharía la fuerza centrífuga para tratar de evitar esquivar las ruedas traseras, ya en el pavimento rodaría por los carriles que vienen en sentido contrario, si todo salía bien y no era arrollado por algún vehículo que fuera con rumbo a la ciudad, podría llegar hasta la cuneta y meterse en el tubo que cruza por debajo de la carretera. Los tipos venían relajados, se pasaban una botella de licor y compartían la bacha. Adelante venían dos guarros, atrás él y otro gorila, que dormitaba a ratos. Poco antes de llegar a la curva alcanzaron a un tráiler que se desplazaba a gran velocidad por el carril de alta. El chofer hizo el cambio de luces solicitando el paso, pero el trailerero lo ignoró y siguió su camino, así que se vieron obligados a rebasarlo por el carril de baja. Al entrar a la primera parte de la curva se toparon con un tráiler con doble caja, que se desplazaba lentamente, por lo que cambiaron de carril. Disminuyeron su velocidad, giraron hacia la izquierda, cuando la curva empezó a cambiar de dirección comprendió que había llegado el momento, la oscuridad de la carretera

le dio esperanzas de que al menos no moriría atropellado pues no venía nadie en dirección contraria. Aprovechó que la fuerza centrífuga lo empujaba hacia la portezuela, jaló la manija, se dejó caer con todas sus fuerzas, escuchó al macuarro de atrás decirle al chofer. ¡Pérate carnal, frena, se nos está pelando este cabrón! Al rodar por el pavimento miró las luces del tráiler acercarse a la camioneta -a gran velocidad-, por lo cerrado de la curva el trailerero no la vio. Escuchó el agudo chillar de las llantas al frenar bruscamente y un impacto de fierros y cristales rotos, cuando el tráiler los alcanzó, luego la explosión del tanque de gasolina lo ensordeció y una lluvia de fuego lo cegó unos instantes. Llegó a la cuneta, revisó su cuerpo, estaba bien, algunos dolorosos golpes en el cuerpo, pero estaba vivo. Los pocos autos que circulaban por la carretera se detuvieron tratando de auxiliar a los guardaespaldas. Alcanzó a ver a gente que corría con extinguidores tratando de apagar el fuego. Una pareja que venía en su auto lo descubrió aturdido, sobre la carretera. Lo reconocieron, preguntaron si era una filmación o podían ayudarlo. Pidió que lo llevaran al hotel donde lo atacaron. Subió a su auto y salió rápidamente pues temía encontrárselos. Decidió no dormir en su casa hasta no saber lo que había ocurrido con los guarros. Fue a un hotel de Polanco, se registró con otro nombre. Pasó la noche en vela, impresionado por los sucesos de las últimas horas, sintonizó el noticiero de la mañana para enterarse de la suerte que habían corrido sus captores. Cambió de canal, nada, como si el accidente hubiera acontecido fuera de los horarios de cierre de los noticieros. Sintonizó la radio, nada, tampoco. Le llevaron los principales periódicos de la ciudad, silencio total, como si lo hubiera soñado. De no ser por sus dolores del cuerpo y la dolorosa quemada de cigarro podría jurar que lo había imaginado. Se decidió, abordó el auto, fue a la carretera de Toluca, dejó el carro cerca de la cerrada curva, buscó pedazos de metal, plástico o cristal que confirmaran el sitio del accidente, no halló nada, sólo un tramo más oscuro del pavimento parecía delatar el lugar de la explosión. Recorrió la curva en ambos sentidos. Se dirigió a su auto, se sorprendió al ver las luces de la torreta de una patrulla de caminos

estacionada atrás de él. El oficial lo recibió con mala cara, reconoció al artista, lo reconvino. No es por nada jefe, pero pudo usted ocasionar un accidente, ¿no ve que la curva es muy cerrada? Aprovechó el comentario para comentar el terrible accidente ocurrido ahí la noche anterior; una camioneta explotó... Mire joven, contestó el agente, soy el responsable de este tramo del camino, mi turno dura veinticuatro horas, estuve toda la anoche estacionado cerca de donde está ahora su vehículo. Está usted confundido, aquí no pasó nada; y oiga joven, no es por nada, no me lo tome a mal, pero, no sea malito, déme un autógrafo pa mi vieja porque no me lo va a creer. Se llama Luzma, dígame algo bonito, aquí mi jefe, en el block de infracciones.

Regresó al primer hotel, preguntó por el gerente. Anoche estuve aquí con una mujer, quiero ver los videos de sus equipos de seguridad para ver si la reconozco. ¿Cómo se llama? No veo su nombre, está confundido, usted no estuvo aquí anoche. Es que no me registré. Mire patrón, eso no es posible, éste es un establecimiento respetable, no somos hotel de paso, no podríamos arriesgar nuestro prestigio. Fue al bar, buscó al mesero que lo atendió, le preguntó por la muchacha y los guarros, el mesero se rascó la cabeza, no jefe, lo recordaría yo. ¿No habrá sido en otro sitio? Éste es un antro serio, no se permite el consumo de droga, es un lugar para bailar, tomar la copa. Exasperado, decidió refugiarse en su casa. Llegó, tomó una ducha, más relajado entró a sus redes. Escuchó el sonido de "mensaje recibido", no reconoció el nombre del remitente, pero abrió el correo, no pudo evitar que un estremecimiento recorriera su espalda y el aliento se le pusiera amargo al ver aparecer en la pantalla:

Mírame a los ojos cariño, para que sepas cuánto te quiero



Alejandro Ordóñez

Autor de nueve novelas, tres de ellas históricas; la primera, llamada "Cábulas", fue editada por la editorial Plaza y Valdés y las más recientes, "Real de San Miguelito Arcángel" y "Fragmentaria", disponibles en Amazon.com. Ha obtenido diversos premios de cuento y novela; escribió guiones para el programa televisivo "La hora marcada". Titular de una columna periodística en la que ha publicado cuentos, crónicas, artículos de opinión, análisis político y cultural, misma que se ha difundido por periódicos y revistas impresas, así como digitales; y editorialista en programas de radio. Actualmente colabora con la revista "Molino de Letras".



EN MEDIO DE LA NADA.

por Alejandro Ordóñez

¿Lugar? aserradero y rancho de los abuelos; allá, en medio de la nada o quizás en medio de todo, porque en ese hábitat salvaje pululan las fieras hambrientas, las alimañas ponzoñosas y hombres despiadados capaces de matar por quitarme estas pajas. Dos niños, ella hija de la cocinera; él, un nieto que acompaña en las vacaciones a sus viejos; ambos, jugando a la vida, descubriendo el sexo o tal vez inventando el amor, porque eso no siempre se sabe... a tiempo; competidores, durante años, en nocturnos juegos de mesa celebrados cuando el personal doméstico se retira a sus chozas y los ancianos a su recámara -la hora de las radionovelas-.

Una tarde va a casa de la cocinera a dar algún recado. Llega al jacal, toca la puerta, la mujer no está, se escucha una voz infantil -pase-. En medio de ese gran cuarto redondo, ella -parada dentro de una tina con agua, apenas cubierta por la espuma del jabón- lo llama: ven, acércate. Jamás ha visto a una mujer o a una niña, desnuda; aturdido, presa de sentimientos encontrados no puede dejar de contemplar ese pubis que a pesar de estar lampiño y de ese pecho todavía plano, le producen tanto desasosiego. De pronto, sin saber por qué, siente la necesidad de huir, escapar corriendo, y así lo hace, da media vuelta, llega a la casa, perturbado se encierra en su recámara y se niega a salir cuando lo llaman a cenar. A oscuras, sin encender el quinqué, porque en esa región agreste no hay luz eléctrica, aguarda largamente a que termine ese desasosiego y llegue el sueño.

El tiempo corre, se anuncia la explosiva pubertad del trópico. Las nubes ocultan el sol, una tregua momentánea, el viento refresca la tarde. Sala de máquinas del aserradero; la jovencita, sentada sobre una manta que cubre el suelo lleno

de virutas, repasa la lección que ha dejado el maestro de la escuela rural. Él se sorprende por ese encuentro inesperado; lo llama -ven-, retira el cuaderno, el libro y el lápiz para que se siente a su lado. Nervioso, no sabe qué hacer, juega con una pelota de ping pong que lleva en sus manos. La joven se impacienta, le arrebató la bola. Luchan por su posesión, se mezclan las risas y reclamos amigables de ambos, se recuestan, sigue el forcejeo. Para evitar que se la arrebató la guarda en lo profundo de su escote. Introduce la mano, se encuentra con dos pechos que se agitan por la excitación y el esfuerzo realizado, se olvida de la pelota, recorre lentamente los territorios de esos senos que, sin sostén, se mueven libremente. Llega a los pezones, siente cómo se ponen duros al contacto de sus dedos; ella, -blusa enrollada en el cuello, falda subida hasta la cintura-, lame sus hombros; sus labios, -no saben lo que es un beso-, se encuentran, por instinto abren la boca, se chupan, se muerden, dolorosa, plenteramente; él, pantalones debajo de la rodilla; ella, ropa interior atorada en un pie, se abrazan, se acoplan. Se escucha la voz de la abuela llamándole con insistencia para ofrecerle un té helado que evite la deshidratación.

Algunas noches se cubren de caricias; otras, de reñidas competencias por ver quién gana los juegos. Ahora se desnudan por completo y se meten entre las sábanas, ajenos al peligro que representa la abuela, si tan sólo se le ocurriera ir a ver qué hacen hasta la madrugada. Las cosas se complican, el caporal, un muchacho apenas mayor que él, encargado de su seguridad cada que

viene al rancho, le hace una confesión. Está enamorado de la chica, ¿mi chica?, se pregunta. ¿Es mi chica, o qué es? Hasta ahora no se había preguntado qué son, en realidad ni siquiera comprende lo que es el amor, ¿cómo va a saber si está enamorado y menos si es correspondido? ¿Cómo le hago? pregunta insistente el caporal, quien huraño y tímido ha rehuido el contacto con las mujeres. No sabe si eso que siente es amor, pero le duele escuchar los sentimientos de su amigo. Le gustaría confesar su relación, pero algo lo contiene y obliga a guardar silencio. Qué cosas, ambos enamorados de la misma persona. Fallece el abuelo, la abuela sólo cuenta ahora con la ayuda del contable, un alemán, hijo de una pareja de nazis venidos a las américas al perder la guerra. Hans, piel blanca tras la cual se insinúan las delgadas venas que corren por sus sienes; cabello rubio platinado; sus profundos ojos azules reflejan odio, desprecio, rechazo por verse obligado a vivir entre esa gente a la que considera inferior. Duro, enérgico, a veces grosero en su trato con los trabajadores, a menudo tiene que intervenir la abuela para controlarlo.

Actividades escolares impiden su visita al rancho durante las vacaciones. Su ausencia se prolonga más de lo acostumbrado; por fin regresa, la abuela lo recibe amorosa; la joven está rara, la nota esquiva. Terminada la cena van a su cuarto, dan rienda suelta a la pasión contenida durante su ausencia. Se niega a hablar, rehúye las preguntas que le hace. Por fin la convence, después de prolongado llanto, habla. El caporal la requiere en amores, no lo ama, pero sus amigas viven con su hombre y tienen hijos. ¿Qué será de ella si lo rechaza?, no será el nieto del general quien le proponga matrimonio. El caporal está construyendo una choza en un terreno -regalo de la abuela-, cuando la termine irá una noche por ella, la preparará en ancas de su caballo y se la robará. Así le llama su gente, aunque la mujer no sólo esté conforme, la mayoría de las veces lo está deseando.

Al saberlo, la abuela pone el grito en el cielo, como es la patrona ambos tendrán que obedecerla. De ninguna manera aceptaré, dice a gritos y con ademanes convincentes, que esta virginal criatura se vaya con un hombre, sin haberse casado. Tanto cuidarla para que pierda la inocencia de un modo tan salvaje. Eso no lo permito en mi casa. Un sábado parte la comitiva nupcial hasta la ciudad más próxima porque en ese pueblo no hay registro civil, ni juzgados,

tampoco padrecitos o parroquias, no hay energía eléctrica, teléfonos, agua corriente, ni nada. A pesar de su boda por lo civil, cada uno duerme en su casa; el siguiente fin de semana van por el padrecito, quien aguanta las tres horas que dura el recorrido desde la ciudad hasta ese caserío. La novia parece ángel con vaporoso vestido blanco -regalo de la abuela-. Los habitantes de la ranchería acuden en pleno a la misa y aprovechan para bautizar a los niños porque es la primera vez que los visita un cura. Después, la comida y la música de banda para el baile. La gente aprovecha para saciar esa hambre ancestral, aunque el aguardiente es escaso y está controlado para evitar los acostumbrados pleitos entre los hombres que empiezan queriéndose como hermanos y terminan los festejos a machetazo limpio. Por supuesto son revisados antes de entrar al sitio de la fiesta, nadie puede ir armado.

La noche previa, por supuesto, hay ceremonia de despedida, los besos, las caricias son más fuertes y sentidas que nunca, las promesas de amarse por siempre, se repiten. Durante la misa, la novia no puede contener el llanto, algunos invitados piensan que es por miedo a lo que les gusta hacer a los hombres, por las noches -según cuentan las casadas-; otros aseguran que es porque dejará a sus padres y hermanos; nadie es capaz de imaginar por quién y por qué motivo sufre.

Sigue corriendo el tiempo, una llamada telefónica de Hans anuncia la muerte de la abuela. Lo esperan en el aeropuerto, los funerales se celebran en la capilla -recién construida por la anciana- y en la explanada que está al frente, porque todo el pueblo acude a despedir a tan querido personaje. A media noche cruzan miradas imperceptibles para el resto de los dolientes. Nadie sospecha, ni nota su ausencia, el encuentro es en la acostumbrada recámara. Tal vez demasiado tarde descubren la fuerza de su amor. Regresan a la capilla. La administración del rancho y del aserradero queda en manos de Hans. Transcurren varios años, perdido el interés difiere una y otra vez el regreso. Los negocios van de mal en peor; concluye, está siendo robado, anuncia su visita, el alemán trata de disuadirlo, peligraría su vida. Hace caso omiso, una noche se presenta en la finca, el alemán no puede ocultar su nerviosismo.

Pregunta por el caporal, su protector y amigo. Ya no trabaja para ellos, se fue a otro rancho, con su esposa y cuatro hijos. No lo puede creer, si es un miembro más de la familia. Amenaza con matarte. ¿Cómo? Sí, no te perdona que hayas abusado de su esposa. ¿Qué? Mira, dejémonos de tonterías, ¿cómo te explicas? Tienen tres hijos tan prietos como ellos y uno con piel blanca, facciones finas, idéntico a ti, según asegura la gente, ¿tienes idea de las burlas que le hacen por tu culpa? No tardará en enterarse que estás aquí, ha esperado este momento, vendrá a buscarte; en el nombre de tus abuelos, déjame protegerte, mañana temprano te llevarán al aeropuerto.

Meses después una llamada telefónica. La tarde anterior Hans, fiel a su costumbre de los últimos meses, ordena ensillar su caballo, se dirige hacia la zona roja, porque el pueblo ha crecido y progresado, la escuela rural se ha ampliado, cuentan ahora con un dispensario médico cuyos gastos son pagados por el aserradero, la capilla construida por la abuela ha sido sustituida por una iglesia más grande, que cuenta con habitaciones para el cura, el sacristán y la muchacha que ayuda en la limpieza... Todo esto último gracias a la generosidad de unos terratenientes de mala estofa que se han apoderado de grandes terrenos ubicados jungla adentro -nadie camina por ahí-, donde siembran alfalfa y por extraño milagro de la naturaleza les crece mariguana. Por si lo anterior fuera poca cosa, su zona de tolerancia es considerada la mejor de la comarca. Cerca de la medianoche se escucha el desbocado galope de un caballo, llega hasta la reja del corral y, desesperado, empieza a relinchar exigiendo que le abran. Lo tranquilizan, le hablan -antes de poder acercarse-, luego lo acarician y le dan alimento. Primero creen que a Hans se le subieron los tragos, se habrá caído del caballo, pero cuando ven manchas de sangre en la silla de montar comprenden que puede tratarse de algo mucho más grave. Apenas amanece emprenden la búsqueda, hallan su cuerpo tirado a la orilla del camino. Lo venadearon, patrón, de seguro fue alguien que conocía sus costumbres, lo esperaron en el aguaje, donde las bestias caminan lento, lo cocieron a balazos. La capilla vacía da cuenta del desprecio y el resentimiento de la gente, sólo están presentes algunos de sus propios trabajadores.

Lo ve venir a lo lejos, fue un error imperdonable, debió ordenar a su gente que impidiera la entrada de personas armadas. Ahora es demasiado tarde, ni siquiera trae pistola para defenderse. Viene directo hacia él, escucha el retintinear de las espuelas -a cada paso-, ya cerca levanta el ala del sombrero, dejando al descubierto una amplia sonrisa, se funden en largo, apretado abrazo. También su esposa se acerca, le da el pésame. Apenas terminado el funeral pide a su antiguo caporal se haga cargo del aserradero y del rancho. Le ofrece la casa del administrador, seguro que por primera vez podrá dar un hogar digno a su familia. Ya a solas le resulta imposible conciliar el sueño, le ocurre a menudo, compara su vida con la de su hijo, ese hijo nacido de un amor que no acaba por terminar. Es injusto, mientras él disfruta de lujos su criatura vive en condiciones infames, sin posibilidad de escapar de la miseria y la ignorancia. Concluye que debe hacer algo por él, los ayudará, serán sus socios, además evitará que lo vuelvan a robar, compartirán ganancias.

A pesar del aire acondicionado siente que se ahoga, se ha desacostumbrado al clima, sale a la terraza desde la cual se mira el camino que pasa contiguo a la quinta. La ve a lo lejos, camina acompañada por cuatro criaturas. Tiembla, por fin conocerá a su hijo, ha diferido tanto ese momento, ahora inevitable, baja, aguarda a orilla de la carretera. Ella le dedica la más cálida mirada y una sonrisa seductora, le presenta a sus hijos. Tres son morenos, tan prietos como ellos, según dijera el alemán. Por fin está frente al niño de piel blanca, cabello castaño y ojos de un azul intenso que reflejan odio, desprecio, rechazo por verse obligado a vivir entre esa gente a la que de seguro considera inferior.

FRAGMENTARIA

Escrita por Alejandro Ordóñez

Fragmentaria la vida, fragmentario el amor, las circunstancias y decisiones que en un instante dan un vuelco y cambian el curso de la vida, las causas y azares de estar en el momento y lugar oportuno, o por el contrario en el lugar equivocado, llegar a una encrucijada y determinar el rumbo, la dirección, la alternativa, la corazonada, la sensatez, la oportunidad, la lujuria, ¿acaso el amor? que cambian el curso de la vida y condiciones de la persona, de la familia, del entorno.

Un padre de familia que se va por una mujer más joven "una advenediza a quien le interesaba antes que nada el dinero", dejando atrás a su esposa y tres hermosas hijas que a la vista del mundo eran una familia feliz, un matrimonio perfecto.

Una inesperada desaparición que da pie a muchas hipótesis, teorías de complot, secuestro, desamores, posibles conflictos de intereses nacionales e internacionales, corrupción, deslealtades, cuestiones paranormales, a situaciones circunstanciales, a muchas preguntas y nulas respuestas.

Los prejuicios, creencias, discriminaciones e idiosincrasias de las clases sociales, los pobres son malos, ignorantes, delincuentes, sin talento, sin valor, esa clase baja que a lo largo del tiempo ha demostrado una gran fuerza, solidaridad, empatía, cultura, inteligencia y arte, ese arte tan olvidado y a la vez tan presente. Los ricos son buenos, cultos, los de la razón; y la clase media, esa clase media tan numerosa y a la vez tan inexistente, esa clase media que navega entre ambos polos, sin ser de uno ni de otro y que trata de dar movimiento y sentido a las acciones.

Regresar al origen arrepentido, buscando el perdón, el olvido de tanto dolor, de tanto daño, del desamor y soledad causados por esa ausencia y así el tiempo que juega a favor y en contra les da una mala pasada; cuestiones paranormales, universos paralelos o espacios sin descubrir nos enseñan la fragilidad de la vida, de la soberbia de los hombres, del amor incondicional de la familia, de la humildad, de la vida, de la muerte, del final, del origen.

"Hasta morir también
tal vez un día
de soledad y rabia
de ternura
o de algún violento amor
de amor, sin duda" A.Z.

EN VENTA POR AMAZON.COM

José Luis Pérez León



amazon.com



¿Hace veinte años, todos en el grupo creíamos que Dirce iba a ser la primera en casarse, que Dagoberto nunca se iba a casar, que Selene iba a terminar en la NASA y Juan Luis de teporocho, que Manuel se iba a ir a Guadalajara y que Simón nunca iba a salir de Ecatepec, que Mariana emigraría a los Estados Unidos y que Carolina jamás iba a aprender inglés. Todas estas predicciones fallaron miserablemente, pues resultó que los más aversos al matrimonio fueron los primeros en enlazarse, quienes pintaban para ciencias terminaron en las artes, y quienes más añoraban marcharse ahora son, pasado el tiempo, los más apegados al terruño. Por no atinar, ni siquiera previmos que Denisse terminaría dando clases en el colegio al que tanto odiaba y Miguel, el alumno predilecto, jamás volvería a sus aulas. Tampoco anticipamos que Saúl moriría en un accidente antes de los treinta y que René perdería veinte kilos respecto a su peso de la preparatoria.

Pensaba en todo esto al caminar el último tramo hacia el colegio donde dos décadas atrás había estudiado el bachillerato. Los dictámenes del urbanismo –o del cártel inmobiliario, según decían los malpensados– habían decretado que fuera derribado. Hubo una iniciativa de exalumnos para detener la venta y demolición del colegio, pero desde que el fundador falleció, hacía seis años, la institución había entrado en un proceso de decadencia del

que las nuevas administraciones, a cuál más mediocre, no habían atinado a sacarlo. Para estas alturas, el colegio tenía menos de cien alumnos y desde hacía mucho no era rentable, por lo que, cuando hubo la posibilidad de venderlo, los dueños no lo pensaron dos veces.

Ante el fracaso del rescate, se acordó con los nuevos dueños un evento de exalumnos, en que las instalaciones estarían abiertas para cualquiera que quisiera entrar a despedirse de su antigua escuela. La idea era darnos un momento para reencontrarnos, recordar, tomar algunas fotos y, ¿por qué no?, también para llorar y lamentarse por el naufragio de un proyecto educativo que, en sus mejores tiempos, fue semillero de personas exitosas e íntegras.

Entré al colegio por el mismo portón que me había visto afanarme por llegar antes de las siete de la mañana, cuando era un muchacho. Apenas había dado tres pasos dentro del colegio, cuando vi al “Alambre”. Claro que ahora traía veinte kilos extra encima –igual que yo–, y parecía tubería industrial más que alambre, pero de todos modos lo hubiera reconocido. Raimundo Irigoyen, alias “Alambre”, por su delgadez de aquellos tiempos, había sido mi mejor amigo de la preparatoria y sólo nos habíamos perdido el contacto porque, en algún punto de su vida, le había dado por volverse nómada.

La suya era otra más de las historias que no habían salido como se preveía. Su papá era médico, cardiólogo para más señas, y se esperaba que Raimundo siguiera sus pasos y heredara consultorio y clientes cuando su

padre se retirara. Siguiendo el plan, “Alambre” hizo la proeza de entrar a estudiar medicina en CU, para lo cual obtuvo 112 aciertos en un examen de 120 preguntas.

Poco después de empezar la carrera, su padre murió. (A despecho de su herencia navarra, Raimundo era un mexicanísimo pilón, engendrado por su padre a la puerta de la vejez y cuyo hermano más próximo le llevaba veinte años). Raimundo entró, entonces, en un estado depresivo que lo llevó a desertar de la licenciatura y a marcharse a Orizaba, Veracruz, como se hubiera podido ir a cualquier otra parte de la república. Se volvió adicto al tabaco y engordó. Y, de no haber sido porque una vez que lo picó una víbora y parecía que se iba a morir lograron ubicar a sus familiares, tal vez nunca hubiéramos vuelto a saber de él.

La historia de Raimundo no era tan extraordinaria como pudiera parecer a primera vista. Para el caso, yo también había hecho la carrera de ingeniería industrial, para luego dedicarme por completo a la producción musical. (Con tanto chavo que quiere ser artista, tengo muy buena clientela grabando demos en mi estudio casero un día sí y al otro también. Lástima que, hasta ahora, no he grabado a nadie con verdadero talento, pero el dinero vale igual, venga de un pretencioso o de un músico genuino). También había engordado, aunque, en mi caso, la causa era un matrimonio con una mujer que, aparte de sus habilidades para los negocios, había sido bendecida con un gran talento para la cocina. Podría parafrasear la cita bíblica y decirle a Dios: “La mujer que me diste por compañera... me cebó como chanchito”.

Pero, sin importar lo ocurrido en aquellos veinte años, Raimundo era mi amigo, así que fui directo a abrazarlo. Me sorprendió que, lo primero que me dijo después de eso, fue:

–¿Has visto a Ivonne?

–Acabo de llegar, pero creo que no pudo venir desde Aguascalientes.

–¡Maldita sea! –Murmuró Raimundo entre dientes, y miraba en todas direcciones.

Tuve que dar un paso hacia Adela para que me presentara a su esposa y su hijo. Al niño no lo conocía, pero de la historia entre ellos sí estaba al corriente.

Hacia quince años se había fundado la sociedad de exalumnos del colegio. Era un esfuerzo más bien modesto en cuanto a integrantes y presupuesto, y sus actividades se limitaban a una kermés anual para recaudar fondos que permitieran mejorar algún aspecto de la escuela, y la organización de una pastorela en diciembre. Yo contribuía con las luces y el sonido en ambas ocasiones. Y de esa manera fui testigo de cómo Raimundo conoció a Adela en una función a la que Ivonne había quedado de asistir con él, pero lo dejó plantado. Fueron novios diez años –no sé por qué tantos– y luego se casaron. Casi inmediatamente después de la boda, nació su hijo, Raimundito, a quien su mamá, con doble intención, le decía “mi mundito”. Así que el niño debía tener cerca de cinco años; y Raimundo por lo menos una década de haber visto a Ivonne por última vez.

Por eso me sorprendió que sus primeras palabras fueran para preguntarme por ella.

Platicamos un rato todos juntos y nos tomamos varias fotos, pero luego Raimundo le sugirió a su esposa, de manera un poco brusca, que aprovechara para convivir con sus compañeros de generación (ella también había estudiado allí, pero era algunos años más chica que nosotros). Cuando se aseguró de que ya se había alejado, me pidió que fuéramos a la azotea, para que pudiera fumar. El cigarro siempre me ha parecido un hábito asqueroso, y no entendía la necesidad de ir a la azotea, cuando podíamos salir para que “Alambre” se echara su cigarro en la banqueta, pero era tal el gusto por ver a mi amigo, que no puse objeción a sus planes. Los dueños del edificio se habían tomado en serio lo de que hoy sería un día de “puertas abiertas”, así que, para mi sorpresa, el acceso a la azotea, una especie de escotilla, insuperable cuando veníamos a clases, hoy estaba abierto.

–Había una manera de abrir la escotilla, aunque tuviera candado. –Me dijo Raimundo. Y procedió a contarme por enésima vez cómo, una gloriosa mañana del año 2004, Ivonne y él habían subido a la azotea y se habían puesto el faje de sus vidas –al menos para el “Alambre”

parecía haber sido así. Aunque los tres habíamos sido parte del mismo grupo durante toda la preparatoria, no había sido sino hasta el último año que él e Ivonne habían congeniado; ambos cursaban el área II, la de los médicos, y habían intimado a vuelta de hacer varios trabajos juntos.

No comprendía por qué me contaba esa anécdota de nuevo. Entendía perfectamente que, entonces, todavía turbado por aquella exploración ansiosa y deslumbrante del joven cuerpo de Ivonne, me hubiera repetido el suceso, con todos sus detalles, una docena de veces. ¡Pero habían pasado veinte años! Él estaba casado, Ivonne también. Y, seguramente, aquel faje no debía ser, ahora, para ella, más que un recuerdo bochornoso que era preferible olvidar.

Para el caso, yo también podía contar una historia ridícula. Había creído que Nallely era el amor de mi vida y la había ido a buscar a su casa, después de que terminamos la prepa. Tan apasionado me había visto, que accedió a ser mi novia sólo para que, seis meses después y de común acuerdo, aceptáramos que, más allá de una fuerte atracción mutua, no teníamos nada en común. Yo también había creído que jamás hallaría un placer más exquisito que el que había vivido con ella. Sin embargo, a diferencia de “Alambre”, yo lo que menos quería hoy era toparme con Nallely. Y daba gracias porque su negocio y sus tres hijos le hubieran impedido presentarse.

Traté de distraer a Raimundo platicándole de otras cosas. Mientras bajábamos al patio para reunirnos con los demás y escuchar los discursos de despedida, recordamos a nuestros profesores y me asombró darme cuenta de que sabía exactamente qué había sido de cada uno de ellos.

Pero, a final de cuentas, volvía al mismo tema:

–¿Puedes creer que el “Jardines colgantes” se cayó en el sismo de 2017?

El “Jardines colgantes” era un hotel de paso con un nombre pretencioso –por unas miserables jardineras de plástico que sobresalían de sus balcones ya se comparaba con la maravilla de Babilonia–. Y entre sus ilustrísimos visitantes habían estado Ivonne y Raimundo, en algún punto del año en que fueron pareja. Los dos habían quedado en la Facultad de Medicina de CU y supongo que la euforia del éxito temprano, más que el amor, había cimentado su relación; eran nuestra “pareja dorada” y todos hablábamos de ellos con admiración. El caso es que, para cuando iban en

segundo semestre, Ivonne ya se había hartado de Raimundo y lo cambió por un estudiante que ya iba a la mitad de la carrera. Pocas semanas después de la ruptura, murió el padre de mi amigo y fue entonces cuando abandonó la licenciatura y se marchó a Orizaba.

De todo lo que me ha contado de aquellos años, hay un recuerdo que, a mi entender, resume su periplo. Resulta que un día se descompuso el camión en que iba a un pueblito playero que le habían dicho que era una joya oculta, y tuvo que caminar varios kilómetros para llegar hasta él. Cruzó unos sembradíos que parecían interminables y que, en ese momento, no eran más que un montón de larguísimos surcos, recién abiertos. Llegó casi desmayado al pueblito y, una vez que hubo conseguido una habitación, no despertó sino hasta la tarde siguiente.

Yo creo que hay otro surco, uno circular, del que mi amigo no ha salido todavía. Es más, creo, por lo que oigo, que se hunde cada vez más en él.

Ivonne, por su parte, terminó la carrera, hizo la especialidad de frenología, se casó y se fue a vivir a Aguascalientes con su marido. Hubiera querido venir, pero, según nos dijo Marcela, tenía dos cirugías y una conferencia este fin de semana, por lo que le era imposible asistir. Eso sí, mandó una foto, que Marcela nos enseñó en su celular, en que ocupan más espacio sus dos hijos que ella, pero, de todos modos, se alcanza a ver muy sonriente.

Nos habíamos sentado para escuchar los discursos. El licenciado Vallejo, quien había sido subdirector por más de veinte años y, en consecuencia, era conocido de varias generaciones, resumía con su atinada oratoria los sentimientos de todos los presentes. En algunos rostros asomaban las lágrimas. Y la tarde se había puesto amarilla, con ese tono como de ámbar que le dice al alma que este día jamás volverá.

Yo pensaba marcharme cuando el subdirector terminara sus palabras. Tenía hambre y pensaba meterme a cualquier lugar donde pudiera agenciarme unas enchiladas de mole mientras repasaba el botín fotográfico en mi celular. Sin embargo, cuando todavía estábamos aplaudiendo la magnífica despedida del “sub”, Raimundo me dijo:

–Vamos a nuestro salón.

Habíamos estado en tres aulas diferentes, una por cada año de la prepa’, e iba a preguntarle en cuál de ellas quería pasar algunos minutos. Pero luego me di cuenta de que me llevaba al salón del área II, en el segundo piso, donde había estado más cerca de Ivonne. Yo no había estudiado allí, pues mi área había sido la I, la de las ingenierías, y mi salón era uno de la planta baja, pero ni siquiera hice el esfuerzo de aclararle las cosas.

Llegamos. Obviamente, el mobiliario era otro. Raimundo se sentó como si se dispusiera a tomar clase y luego señaló hacia la izquierda, con toda seguridad.

–Allí se sentaba Ivonne.

Para estas alturas, ya estaba fastidiado de su actitud, y sólo la amistad me impedía ser brusco con él. Decidí que no desperdiciaría este encuentro discutiendo, así que sólo le dije:

–Raimundo, eso fue hace veinte años.

Se quedó en silencio un momento. Yo creí que estaba asimilando mis palabras, así que me quedé callado. Se le humedecieron los ojos y me arrepentí de haberlo reconvenido. Después de todo, sin estudios universitarios e inmerso en un matrimonio sin amor, la vida no debía ser fácil para él. Tal vez el único solaz en su existencia son los recuerdos de aquella época en que fue popular, guapo y brillante. Y si bien sería mejor que enfocara lo que le queda de voluntad y energías en construirse un presente, sobre todo tomando en cuenta que es responsable por un niño con su mismo nombre, no podía culparlo por ceder a la tentación de habitar el pasado, como todos cedemos a nuestras muy particulares tentaciones un día sí y al otro también.

–Tú eres mi amigo y sólo a ti puedo decirte esto: he pensado muchas veces en ir a Aguascalientes a buscar a Ivonne. He estado ahorrando dinero. Y te juro que mañana mismo dejaría todo atrás, ¡todo!, si estuviera seguro de que ella vendría conmigo.

–No, Raimundo. Aquí nos despedimos. –Dije, no sé si en voz lo suficientemente alta para que me oyera y luego me alejé lentamente. No recordaba la última vez que le había dicho que “no” a Raimundo, antes de esta tarde.

Cuando iba en la escalera, escuché cómo Raimundo cerraba por dentro el salón. Iba a regresar sobre mis pasos, cuando Adela y Raimundito me alcanzaron. Me preguntaron por él y les señalé el salón. Adela se quedó platicando conmigo y el niño fue a buscar a su papá.

–Papá, ya venimos por ti. Ya nos vamos a la casa... Papá, ábreme... Ya nos vamos a ir... ¡Papá!... Ya me quiero ir... Papá, vámonos... ¡Papá!...

Álvaro Sánchez Ortiz (Ciudad de México, 1977) es licenciado en Letras hispánicas y en Filosofía, egresado de la UNAM, con mención honorífica, en ambos casos. Asimismo, realizó el diplomado en creación literaria de la SOGEM. Es autor de Telúrico (UNAM, 2018), obra ganadora del concurso de Ediciones Digitales Punto de Partida, en la categoría de cuento. Se ha desempeñado como profesor de literatura y de teatro.

HABLEMOS DE LIBROS

“Melancolía”

Jon Fosse

Por Marilú Ricalde

La dificultad de rendir un homenaje a un premio Nobel radica en decir algo que no se haya escrito aún. De Jon Fosse se ha dicho que es un poeta. Se compara con Ibsen. Su lectura es tan elevada que es difícil de entenderla; no cualquier lector es candidato a sus libros. No es fácil comprenderlo. Su técnica se percibe diferente. Es un desconocido para muchos. Pocos lo han leído. El acceso a su literatura es limitado. El idioma es un obstáculo. La traducción apenas empieza.

Así que, para el lector cotidiano, ese que siempre reserva un espacio del día para el placer de la lectura, su nombre como ganador del premio Nobel cae de sorpresa y despierta esa ansia de averiguar quién y qué ha sido premiado. Busqué en las librerías alguna traducción de su trabajo. Me confiesan que a raíz del Nobel los editoriales se dieron a la tarea de publicar en español sus libros; sin embargo, muchos se encuentran agotados. Yo buscaba un título recién recomendado sin lograr con éxito ese encargo. Así que, en medio de cientos de libros, “Melancolía” se me presentó de la nada. El libro me había elegido a mí.

Empecé su lectura, con cierta prisa, quería confirmar todo aquello que me habían comentado. Al llegar a la última página, Melancolía me deja abiertos muchos sentimientos. Me sorprende la manera en que escribe, quizás se podría decir que es un Saramago. No he tenido la oportunidad de leer a Ibsen por lo que no me atrevo a confirmar la comparación entre ambos. Lo que sí percibo es una gran originalidad.

Fosse no escribe. Fosse te llena. Es capaz de hacer de la tristeza un relato que atrapa. Las lágrimas que provoca son esas ganas de seguir leyendo. Fosse reflexiona y te lleva con la ayuda de las letras a un lugar desconocido pero que poco a poco adivinas y aciertas. Fosse juega con el lector, sus flashbacks aturden. La inteligencia está entredicha, y ese es el reto para el lector.

Y esas son las herramientas que Fosse usa para contar la trágica historia de Lars Hertervig. Al principio todo es duda, las palabras te jalan a la intimidad del protagonista. Un mundo muy distorsionado, muy ajeno al que uno supone como el ideal. Los trastornos mentales son la parte medular del relato. Fosse te hace sentir loco, te encadena a un éxtasis fuera del real. Pero Fosse no es muy estricto, te da pistas y te dice que hay verdades. Y son esas verdades las que se entrelazan con las falsas ideas del protagonista. Y te provoca empatía, y es ese sentimiento el que hace que el lector sienta una especie de melancolía. Y las voces cambian, y son esos cambios los que resuelven la historia y con eso culmina el relato.

Y gracias a Fosse, a pesar de la tristeza, despierta el interés para saber más de este pintor noruego. Se nos invita a investigar, a buscar imágenes de su obra, para llegar a la Galería de Arte en Oslo donde se exhibe el trabajo de Lars Hertervig y así reivindicar al pintor y

darle el mérito que merece. Sin duda, el tiempo invertido en esta lectura ha valido la pena. Me quedo con la sensación de que este año el Nobel, premió a un grande de las letras. Me quedo con las ganas de seguir leyendo su obra y espero que alguno de ustedes se atreva a leer a este gran mago de la literatura.

Jon Olav Fosse (Haugesund, 29 de septiembre de 1959), conocido como Jon Fosse, es un escritor y dramaturgo noruego. Ganó el Premio Nobel de Literatura en el 2023.

Estudió en la universidad de Bergen. Ha escrito novelas, cuentos, poesía, libros infantiles, ensayos y obras de teatro. Sus obras han sido traducidas a más de cuarenta idiomas. Fue nombrado caballero de la Orden Nacional del Mérito de Francia en el 2007. También se ha clasificado con el número 83 en la lista de los 100 mejores genios vivos por The Daily Telegraph. Ha sido galardonado con infinidad de premios desde 1988 hasta la fecha.



Marilú Ricalde Es una amante de las letras. Nacida en CDMX cursó la licenciatura en Contaduría Pública para darse cuenta más tarde que su verdadera profesión son las letras. Estudió en Casa Lamn y hoy sigue estudiando el oficio de escribir en varios talleres.

CELULOIDE EN LLAMAS

Agresión moderada

por Italo Ruas

La ultra violencia es la expresión constante dentro de nuestros medios audiovisuales; las imágenes provocan impulsos para alcanzar reacciones primitivas en sociedades automatizadas, la estimulación constante de agresión e inconformidad entre individuos, nos condiciona a sentimientos de aislamiento y segregación. Justine Triet, directora de "Anatomía de una Caída", explora la fragilidad familiar a través de varias miradas, una de las más relevantes será la del border collie, Snoop, el cual nos introduce a la historia en la primera toma de la película y que tiene un estrecho vínculo con el personaje de Samuel Maleski interpretado por Samuel Theis, el padre de familia. Es importante recalcar que Snoop Dogg es el nombre de un famoso rapero de la década de los noventa, el cual se menciona por la melodía de P.I.M.P, del rapero Fifty Cents, durante la primera secuencia de la obra; Triet utiliza un recurso de bucle con esa tonada, sumado al criss cross en la conversación de Sandra Voyter y Zoé Solidor representadas por Sandra Hüller y Camille Rutherford respectivamente, para así, evidenciar, la ultra violencia de parte de Samuel contra su esposa y acompañante. El montaje tonal e intelectual durante estas escenas iniciales, nos permiten comprender la tensión familiar y su dinámica, la comunión entre escenas con el montaje sincrónico, conecta al instante con el inicio de la melodía y Snoop voltea a ver el techo, y se une a la siguiente toma, donde observamos a Zoé, quién mira hacia arriba, en la misma posición del encuadre anterior donde se encontraba el perro. Y es así como un animal, toma el control de la primera voz de la película, tanto como lazarillo del hijo de Sandra y Samuel, como también guía para un espectador repleto de prejuicios.



"Anatomía de una caída" tiene una forma particular de usar su cámara, además de adecuarse a métodos de found footage, y steady cam, también encontramos, que el encuadre muchas veces no se encuentra en la posición adecuada y, busca abruptamente alcanzar los puntos precisos, esto hace hincapié en nuestra percepción selectiva, la cual promueve deficiencias en nuestra memoria. Son los recuerdos, elementos importantes dentro de la narrativa, aunque la obra presuma en su mayoría de una linealidad; para la mitad y el final de la película, nos encontramos con un par de Flashbacks y What if, por ende los recursos narrativos refuerzan la idea de no confiar en la rememoración. Daniel interpretado por Milo Machado Graner, hijo de Sandra y Samuel, privado de la vista por un accidente, es quien en varias ocasiones duda

de sus recuerdos, en cambio su madre utiliza omitir o reinventar su memoria para evitar problemas. El film se consolidará en el universo de la hipótesis y la especulación, para descifrar los acontecimientos durante un juicio; por otro lado, se exhiben grabaciones, como pruebas, para señalar que este tipo de recursos sólo contienen un pequeño fragmento de la realidad, mas nunca la verdad de un todo. La confrontación de lo que consideramos nuestra realidad se pone en duda y, esto se debe a los elementos narrativos que omite la realizadora, sumado a los recursos estéticos antes mencionados.

Desde el origen de los nombres de los personajes, hasta sus características fisiológicas nos brindan pistas para dialogar desde un campo simbólico. El nombre Daniel proviene de la lengua hebrea y se puede traducir como "Dios es mi juez", esto se conecta con la ceguera del sujeto quien tiene un impedimento de la vista. Es por esto, que debemos de dialogar con la nueva figura icónica de la Justicia construida para el film, el pequeño de once años duda de ese significado de rectitud, imparcialidad, neutralidad para provocar así una discusión filosófica sobre el sentido de justicia. Desde la antigüedad encontramos la figura de Maat e Isis en el antiguo Egipto, Temis y Diké en el mundo helénico y más tarde Iustitia en Roma, quienes nos brindan los elementos de la balanza y la espada de dos filos; a finales del siglo XV d.C. nos topamos con un cambio en la efigie, la cual porta una venda en los ojos dando un nuevo sentido a su significado, una fe en su objetividad sin favoritismos. Sin embargo, Daniel no tiene una venda en sus ojos, simplemente carece de la capacidad de ver, para provocar así un duda profunda de la imparcialidad en esa justicia humana.

Constituida por varias escenas largas, la obra de Triet mantiene al espectador atento a los testimonios y sus interpretaciones, tanto por la juez, el fiscal, los abogados y hasta una audiencia, que emite con sus miradas una postura sobre la presunta culpable. El público se diluye en definir el resultado del juicio, pero en el fondo, la obra muestra un constante ataque hacia la figura del extranjero, las preferencias sexuales y, la misoginia heredada aún no diluida por nuestro siglo XXI.

Nosotros compartimos la ceguera con Daniel durante gran parte de la historia y, es él quién nos guiará a tomar consciencia de la hostilidad que existe entre individuos. El odio hacia la humanidad se representa en el victimismo en el que nos envolvemos. La ultra violencia se encarna, por la omisión de los elementos diluidos, a través de una búsqueda por encontrar culpables. Snoop se acostará en la cama donde dormía Samuel en la última toma de la obra, con él se inicia y termina la narración y es así como el Uróboros se hace presente.



LES FILMS PELLÉAS Y LES FILMS DE PIERRE
PRESENTAN



SANDRA HÜLLER SWANN ARLAUD MILO MACHADO GRANER ANTOINE REINARTZ

ANATOMÍA DE UNA CAÍDA

SOLO EN CINES

UNA PELÍCULA DE JUSTINE TRIET

SAMUEL THEIS JEHNNY BETH SAADIA BENTAÏEB CAMILLE RUTHERFORD ANNE ROTGER SOPHIE FILLIÈRES

Ítalo Mario Ruas Arias.

Director cinematográfico.

Dentro de sus múltiples actividades realizadas en el mundo de la cinematografía destacan:

Desde el año 2020 coproductor del proyecto "Telemática cultural", para la difusión de la cultura, en México y países de habla hispana, cada semana transmiten conferencias virtuales sobre cuestiones de humanidades. De 2017 a 2020 implementó y dirigió un espacio cinematográfico y con alianza de la Cineteca Nacional y otras distribuidoras, realizó la curaduría cinematográfica de más de 200 películas, incluyendo el estreno de la película Roma y los cortometrajes del Festival de cine de Morelia.

Su cortometraje "Papalotl" participó en varios festivales de cine y fue selección nacional en Rusia por Green Vision XII International Environmental Film Festival 2017, dicho cortometraje obtuvo diversos galardones y mereció elogios en festivales de Portugal, México y España.

Desde hace catorce años es docente de distintas prestigiosas universidades, como la Universidad Anáhuac y otras. Durante varios años fue director de comunicaciones en el Centro Universitario CUIH, y para la casa productora Punto de Idea realizó diversas actividades como fotógrafo, camarógrafo, asistente de producción, y otros, para la producción de diversos videos.

Desde el 2005 es director de cine independiente y ha elaborado diversos videos comerciales y cortometrajes, entre los que destacan: Juego de rol, de Kíeven Herrasti; El Payaso y Lindé, ambos de Mariana Gómez y ha asesorado diversos proyectos estudiantiles de cine en la Universidad Iberoamericana.

Finalmente es de mencionar que desde 2007 imparte cursos de apreciación cinematográfica, en los que se entablan diálogos con el público, que abarca la historia, estética, técnica y los discursos filosóficos de obras cinematográficas, así como el reconocimiento de los directores y su trascendencia en el medio.



ITALO RÚAS

por Berenice Cortés Garrido

Reflexivo, inquieto e irreverente son algunas palabras con las que se describe Italo Rúas, vecino de Zona Esmeralda desde hace más de 35 años; “una zona que me hace sentir parte de algo”. Recientemente Italo presentó su exposición “Destellos de la Micro Inmensidad” en el Centro Cultural Luis Nishizawa, una obra que lo llevó al mundo de la fotografía, pero que además nos representa un diálogo constante con la naturaleza y con nosotros mismos. Se compone de 72 fotografías de insectos, que fueron tomadas en nuestra comunidad, un reflejo de la gran diversidad natural que existe a nuestro alrededor.

“Como vivimos tiempos muy violentos quería aportar algo bueno y abrirnos las puertas hacia nuevas conciencias para observarnos a nosotros y al otro, además de mirar nuestro entorno”, nos comenta Italo en entrevista.

Italo Rúas estudió Cinematografía en la Universidad del Cine UDC, y pertenece a la Asociación Mexicana de Cineastas Independientes, AMCI. Ha realizado varios proyectos visuales, entre ellos “Papalotl. Energía en Movimiento”, que surge a partir de que encontró en un rincón de su jardín unos huevecillos de mariposa. El documental aborda todo el proceso de eclosión hasta que se convierten en mariposas. Dicha cinta se presentó en diversos festivales de Europa, Rusia, Portugal, España, y en México estuvo en uno en Cuernavaca, donde Italo consiguió, como premio, una beca para estudiar un par de cursos; uno de ellos lo llevó al ámbito científico donde “me encontré con la problemática del calentamiento global y la preocupación que existe hoy en día, me dejaron una cosquilla de que teníamos que hacer proyectos que promovieran más la conciencia del mundo y yo me puse a pensar en mi comunidad, nuestra zona está repleta de vida. Tomaba fotografías de algunos seres que me encontraba tanto en el jardín como por fuera, en el bosque

tomado con permiso de :Soy vecino
Ed. Enero
Vive Esmeralda/Satélite Inside

Edgar Degas afirmaba que “El arte no es lo que ves, sino lo que haces que otros vean”, y tal es el caso de nuestro vecino de Loma de Valle Escondido, Italo Rúas, director cinematográfico y fotógrafo quien, a través de su lente, nos invita a un diálogo con nosotros mismos, con los otros y con lo que nos rodea.

de Sayavedra, por ejemplo, e iba explorando nuestro medio ambiente. Cuando viene la pandemia, terminamos encerrados, y me dio la oportunidad de tomarles más fotos, también hizo que una gran variedad de insectos llegará a nuestros jardines. Sin duda, se volvió un gran espectáculo”. Y es así como comienza una nueva exploración fotográfica que culmina con la exposición “Destellos de la Micro Inmensidad”; para ella fueron capturadas más de 10 mil fotografías.

“Durante los 6 años que duró este proyecto, me pude dar cuenta que salvar el medio ambiente no depende de enseñar a la gente a cuidarlo sino de empezar a cuidarnos a nosotros mismos, darnos cuenta de quiénes somos y que nosotros tenemos una responsabilidad con el mundo que nos rodea”, nos comparte.

Italo también es profesor en una reconocida universidad de la zona donde imparte las materias de Cinematografía, Guión y Apreciación Cinematográfica, por medio de las cuales invita a sus alumnos a buscar nuevas formas de comprender las cosas. De entender el mundo en que estamos envueltos. De igual manera escribe para la revista Taches y Tachones, ya que se ha dedicado al análisis profundo del cine.

Entre sus siguientes proyectos se cuentan la elaboración de un libro teórico acerca del cine, un largometraje y nuevas fotografías. En sus palabras “Italo Rúas es simplemente un alma libre más que existe en este planeta intentando brindarles otras oportunidades a las siguientes generaciones abriendo otros caminos”, y sin duda es un gran talento de Zona Esmeralda.

Destacado: “No importa que te cierren las puertas, tú sigue adelante. Sigue impulsando tus sueños y tus ideas”





La obra que analizaré hoy es un óleo sobre tela de 200 x 150 cm, que pintó Kirchner en 1914, un claro ejemplo del expresionismo alemán. Este estilo surgió como respuesta a las trágicas vivencias de la Primera Guerra Mundial, que mostraron los frutos de la modernidad, y en lugar de parabienes, suscitaban la sensación de fracaso de la frágil estabilidad europea y se desligaron hacia el pensamiento de que la decadencia es progreso y viceversa: para resurgir, es necesario caer, llegar al final. Una gran influencia fue también el psicoanálisis y el componente destacado del subjetivismo, que dio margen a los artistas para tomar en cuenta el inconsciente. Más poderoso aún fue el existencialismo de Nietzsche en relación con que el hombre es un puente más que un punto de llegada: Die Brücke [El Puente], movimiento de las primeras Vanguardias al que perteneció Kirchner, surgió precisamente bajo esta idea. Así, en el expresionismo no hay que buscar belleza, sino el abandono de lo conocido, hay formas figurativas pero se le da valor a los símbolos con principios abstractos, y rehuyen de la perspectiva, el color puro o el acceso a la geometrización.

El expresionismo alemán tuvo un carácter político y social intenso. Aplicaron el color con caracteres simbólicos, elementos subjetivos enmarcados en sueños y mitos, y creyeron que la palabra y el arte serían los elementos del cambio de la sociedad. Sin embargo, aunque se considera que implica una “deformación” de la realidad, en realidad hay una visión subjetiva de la misma que descarna las apariencias, que implica un valor extra

en los sentimientos, una perspectiva crítica desde la mirada de cada artista, que observa en su entorno la soledad, la tristeza, la miseria; todos ellos sentimientos comunes a una Alemania de preguerra.

Por todo ello, Kirchner observó y plasmó en Potsdamer Platz, de una forma genuinamente sensible, este espacio con prostitutas. Ellas evocan las contradicciones de la modernidad en las grandes ciudades, donde la decadencia y la soledad se expresan en cuerpos agudos, estirados, que recuerdan cierto primitivismo que nos recuerda a Gauguin, a través de colores marcados por bloques y zonas seccionadas con brochazos o pinceladas aguzadas. Su mirada es crítica, revestida de elementos existencialistas, de la vida nocturna o de cierta estridencia con herencia fauvista, que destaca a los parias de una sociedad industrializada. La obra que afecta visualmente por el tema, que muestra, destacadas, dos mujeres al margen de la sociedad respetable: son galantes, o también llamadas cocottes. Sin embargo, su elegante atuendo las vincula con las llamadas demimonde, mujeres de mundo, que a medianoche se pasean y se exhiben en la plaza Potsdamer en busca de clientes ávidos de sexo.

En primer plano, dos figuras sobre una especie de isla que semeja una bandeja con un zócalo. Elegantemente vestidas, la de perfil parece una viuda de la guerra, vestida de negro y con velo en el rostro, que sugiere el inicio de la Guerra Mundial estallada en agosto. La mujer a la derecha, de frente, lleva un vestido en azul de Prusia, con un

sombrero llamativo. Sus rostros recuerdan máscaras con un labial exagerado; llevan tacones y plumas en el sombrero. Las modelos para esta obra fueron Erna Schilling, novia de Kirchner en Berlín, y su hermana Gerda.

Al fondo se encuentra la estación Potsdamer cuyo reloj marca la media noche, reforzado por el azul oscuro del cielo. A la izquierda se encuentra la Haus Vaterland, un edificio con bóvedas de piedra por encima de ventanas en arco, hecho con esqueleto de acero. Hay varios hombres al fondo. En un vértice de la plaza, un hombre pareciera que se acerca. La diagonal inferior derecha del vértice de la plaza, resalta en su contraste con la posición invertida de las piernas del hombre. Visualmente, existe una especie de tensión entre el primer plano de las mujeres sobre un círculo y los ángulos agudos, las formas de cuña, y las marcadas pinceladas en verde, que dan la sensación de espacios y movimientos agresivos.

Al lado derecho, otro edificio en ángulo paralelo al lado derecho del triángulo, con otros hombres y otra mujer en rojos naranjas, destaca la perspectiva forzada hacia un punto de fuga que se prolonga hacia el cielo. Al fondo se ven luminarias que corresponden al alumbrado de gas Altberliner, que destacan el trozo de una carretera.

El tema y la factura de la obra presentan no sólo el sentido expresionista de angustia por el contexto crítico, sino su herencia desde el postimpresionismo, en las pinceladas rápidas de Van Gogh, el color de los Fauves e incluso la fractura del espacio desde la perspectiva cubista. El gran aporte de Kirchner radica en la recreación de los elementos oscuros de lo cotidiano enmarcados por elementos de figuración brusca, líneas oscuras y fuertes contrastes que de alguna forma remiten al primitivismo. De esta manera, el manejo de los diversos ángulos en una diagramación semiformal, las diferentes direcciones de los objetos representados, y la pincelada con intención agresiva, hacen de esta pintura una obra compleja, presagio de la fatalidad de la guerra mundial.

Ana Lourdes Ross Aguilar

Es licenciada en Ciencias Humanas en la Universidad del Claustro de Sor Juana, estudió las bases de dibujo y pintura para aproximarse más a fondo a la teoría y la crítica artística, a través del conocimiento de materiales, técnicas y elementos formales.

Cursó una maestría en Historia del arte en la UNAM, se dedicó a la docencia de arte, a dar conferencias y visitas guiadas por las rutas del centro histórico, a la enseñanza de la historia, a la investigación, a la coordinación y elaboración de los editoriales de un Boletín; se graduó posteriormente de la Maestría en Arte Contemporáneo en México y con estas bases diseñó, junto con una colega, un Museo Itinerante sobre el concepto del Arte Moderno y el Horror desde la perspectiva filosófica.

Durante ocho años llevó la Dirección Académica de un Centro Universitario, en el Estado de México y, finalmente, por su labor docente le fue concedido el Doctorado Honoris Causa por el Colegio Internacional de Profesionistas.

Cuenta con experiencia de más de 21 años como docente ante grupo en diplomados, licenciaturas y posgrados; actualmente se desempeña en la Universidad Virtual Anáhuac, con trayectoria de varios años, donde desarrolla y es docente en diplomados de teoría e historia del arte universal.



TACHES Y TACHONES

Estamos invitando a cuentistas, poetas, reseñistas, ensayistas, músicos, pintores, escultores, fotógrafos y anexos de la comunidad internacional, para que se incorporen a este esfuerzo, en el entendido de que conservarán sus derechos de autor y de que todas sus colaboraciones aparecerán con su nombre.

Si te interesa por favor ponte en contacto con nosotros o envíanos tus trabajos a la dirección tachesytachones@gmail.com donde con mucho gusto y respeto serán revisados por el comité editorial y de ser aprobados se publicarán en número subsecuentes.

Muchas gracias anticipadas por la atención que nos brindas.

WWW.TACHESYTACHONES.COM

REVISTA GRATUITA

Taches y tachones

Aviso de gratuidad.

Taches y tachones es una publicación de circulación gratuita, elaborada por un grupo de amigos con el único y exclusivo propósito de divulgar las letras y las artes, razón por la que no persigue fines de lucro y por ende carece y carecerá de ingresos, porque hasta los avisos comerciales son gratuitos; tampoco tiene erogaciones y los esporádicos gastos que lleguen a presentarse serán sufragados por los administradores de la revista, con cargo a su propio peculio.

www.tachesytachones.com